

La Esfera



Año I * Núm. 32

Precio: 50 cént.





JABON
ESPUMOSO E INTENSAMENTE
PERFUMADO

Heno
DE
Pravia

GAL
FABRICA DE PERFUMERIA
MADRID

A. Ehrmann.

Durante el veraneo
usad el Jabón
HENO de PRAVIA
contra las picaduras
de los insectos

Año I

8 de Agosto de 1914

Núm. 32

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE GAMONAL

PEDRO I, REY DE SERVIA

ATEN
* BIBLIOT
* PTE

DE LA VIDA QUE PASA
LA INFANCIA DE LA PAZ

A fines del verano pasado la fortuna me deparó el encuentro con el señor Dato, en París. Venía el ilustre hombre público de La Haya, donde había asistido á la inauguración del Palacio de la Paz, donativo generoso de ese gran iluso que se llama Andrés Carneggie; ironía de mármol para los que dudamos del triunfo de todo ideal fraternal en el mundo. Todos, ó casi todos los jefes de Estado, han contribuido con poco ó con mucho á embellecer aquel edificio, que viene á ser el hogar de las aspiraciones pacifistas. El actual presidente del Consejo de Ministros, que como todo hombre inexpugnable á la contrariedad, es optimista, traía en el ánimo el contento del que ha sido testigo de los funerales de la Guerra, disposición espiritual que descubre un candor que honra al Jefe del Gobierno, por ser reflejo de una ilustrada confianza en la bondad de los hombres. Aquel optimismo ha persistido, no obstante el rompimiento de Austria con Servia y á pesar de los aires de tempestad que iban estos días de Berlín á Petersburgo y de París á Berlín, anunciando bien á las claras, la tragedia que al fin se ha desencadenado. ¿Qué pensará á estas horas el señor Dato? ¿Sobrevivirá en su ánimo la fe en las doctrinas humanitarias que tantos expositores brillantes tuvieron en el Palacio de La Haya? Probablemente no; si aquella fe subsiste, sus raíces serán tan frágiles como el ideal que las ha nutrido.

El Presidente del Consejo de ministros, recordará con melancólica nostalgia las jornadas apacibles de La Haya, los discursos impregnados de optimismo que allá escuchó, la corriente fraternal que dominaba todos los espíritus orientándolos unas veces hacia las lejanías de Nazareth y otras hacia una quimérica «norma juris» que regulando las relaciones internacionales tuviese la virtud de prescribir definitivamente la guerra como un odioso residuo de barbarie. Entre aquella fiesta de la paz y la realidad de ahora, ha mediado apenas un año. ¿Qué pensará el generoso Carneggie y los que con él han compartido el hermoso sueño de la concordia humana? El desaliento los tendrá abrumados, con lo cual la causa de la civilización no podrá menos de salir perdiendo, porque aquellos denodados campeones del pacifismo, no tendrán, vacilante la fe y burlada la ilusión, la necesaria tenacidad en la propaganda del ideal. Cuando vengan los días de la liquidación de la guerra europea y las estadísticas nos informen del número de existencias sacrificadas, nos enteraremos de lo que han costado las capitulaciones, de lo que han perdido los

campos y los talleres, cuando el eco del dolor humano que deja en pos de sí la muerte llene el espacio social, ¿quién se atreverá á invocar la doctrina pacifista sin exponerse á ser apedreado por el desdén de las gentes? Y sin embargo, lo que ahora sucede para humillación del género humano, es fatal y necesario. Como los hombres no somos capaces de instaurar la justicia perpe-

remota antigüedad ¿Por qué un hecho como el de dar la muerte al prójimo, que en el orden individual nos parece un crimen, es reputado de proeza gloriosa cuando los que se acometen y se matan son dos pueblos? preguntábase el austero Séneca hace ya siglos. Luego otros hombres agrupados en colectividades, han proferido ese mismo estéril grito de protesta contra la guerra.

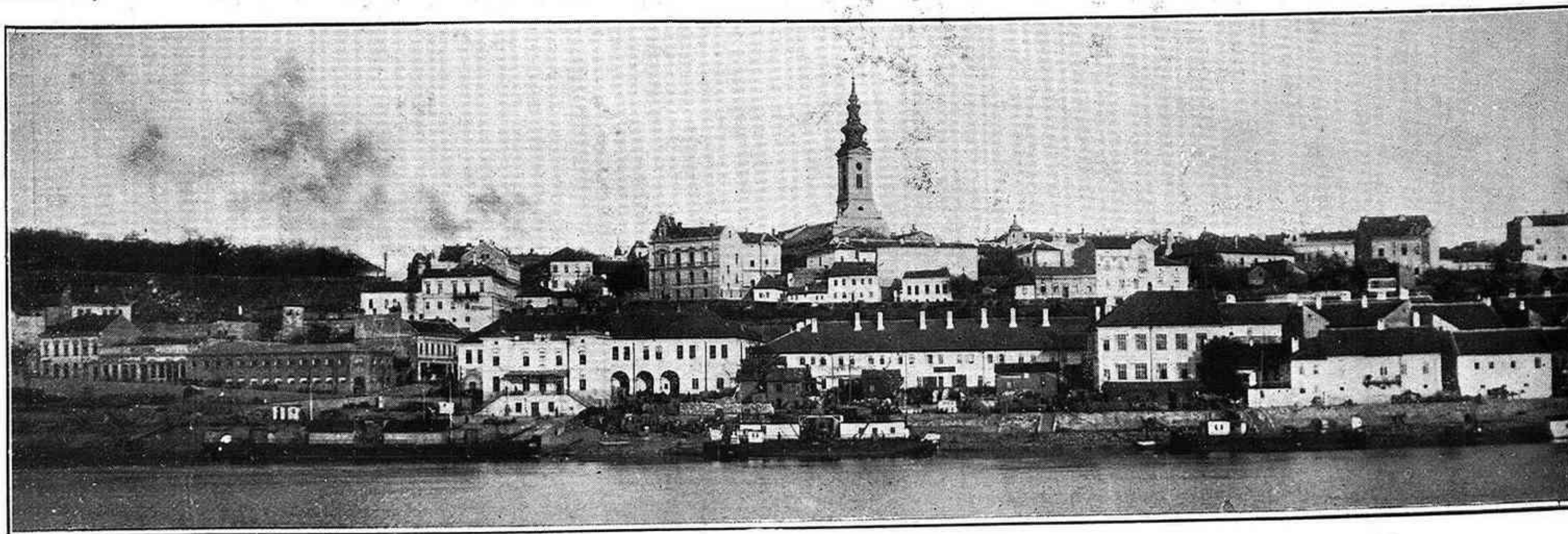
Los socialistas de todos los países han hecho un dogma del horror á la política militar, lo que no es obstáculo para que ellos mismos, contagiados de la emoción agresiva, de la fiebre de matar, vuelvan la espalda á aquel generoso ideal. Pues, ¿no estamos asistiendo á la abjuración del principio pacifista de las grandes masas obreras de Austria-Hungría y Alemania? El emperador Francisco José, este viejo que dejará en la historia una estela de rencores, no solamente ha contado con la adhesión sentimental de los socialistas, sino con su dinero. Sus congéneres los alemanes, procediendo con una duplicidad que sería imperdonable sino fuera humana, han encontrado el modo de condenar la guerra y de ponerse, al mismo tiempo, al lado del Kaiser. Esto ¿qué prueba sino el arraigo de ciertos instintos en la sensibilidad social? No queremos desesperar, sin embargo, de la eficacia, en lo futuro, del ideal pacifista. Es probable que no se imponga del todo, pero, por lo menos, hay derecho á creer que influyendo sobre la razón individual, limite la frecuencia de los choques colectivos. No se logrará ese resultado con la mera apelación al resorte sentimental, casi siempre enmohecido, de los pueblos. Habrá que recurrir á la argumentación económica y al egoísmo individual. Novicow y Norman Augell aconsejan esa táctica para atenuar el espíritu militarista de las naciones. El día en que el individuo advierta que él no reporta la menor ventaja de las victorias que alcance su país en la guerra, y que lejos de eso, vencedor ó vencido, su sacrificio económico es el mismo, es probable que enfrene sus instintos belicosos y no se preste tan dócilmente como ahora á secundar las ambiciones de un soberano ó de una minoría militar. Ningún indicio nos autoriza a esperar que esa interpretación de las relaciones internacionales prevalezca desde mañana. Los hombres, como dice acertadamente Novicow, tardan mucho tiempo en conocer sus intereses. Esa idea viene á ser como el tronco del libro «La gran ilusión» de Norman Augell, obra que convendría difundir porque, sin dejar de hablar al sentimiento, aporta á la razón humana poderosas pruebas de la siniestra esterilidad de la guerra...—MANUEL BUENO



El Emperador de Austria, Francisco José, conversando con el Gran duque Federico, generalísimo del Ejército FOT. TRAMPUS

tua—escribe Novicow—nos es igualmente imposible establecer la paz permanente.

La acción sentimental es impotente para reducir á los pueblos á que renuncien á sus expansiones territoriales, porque como en las entrañas de los seres el egoísmo es anterior á la generosidad, la voz del egoísmo suena más imperiosa en los hombres que los acentos del desinterés. El ideal pacifista no es de ahora. Data de la más



Vista de Belgrado, la capital de Servia, que ha sido bombardeada por los monitores austriacos del Danubio FOT. CHUSSEAU-FLAVIEUS

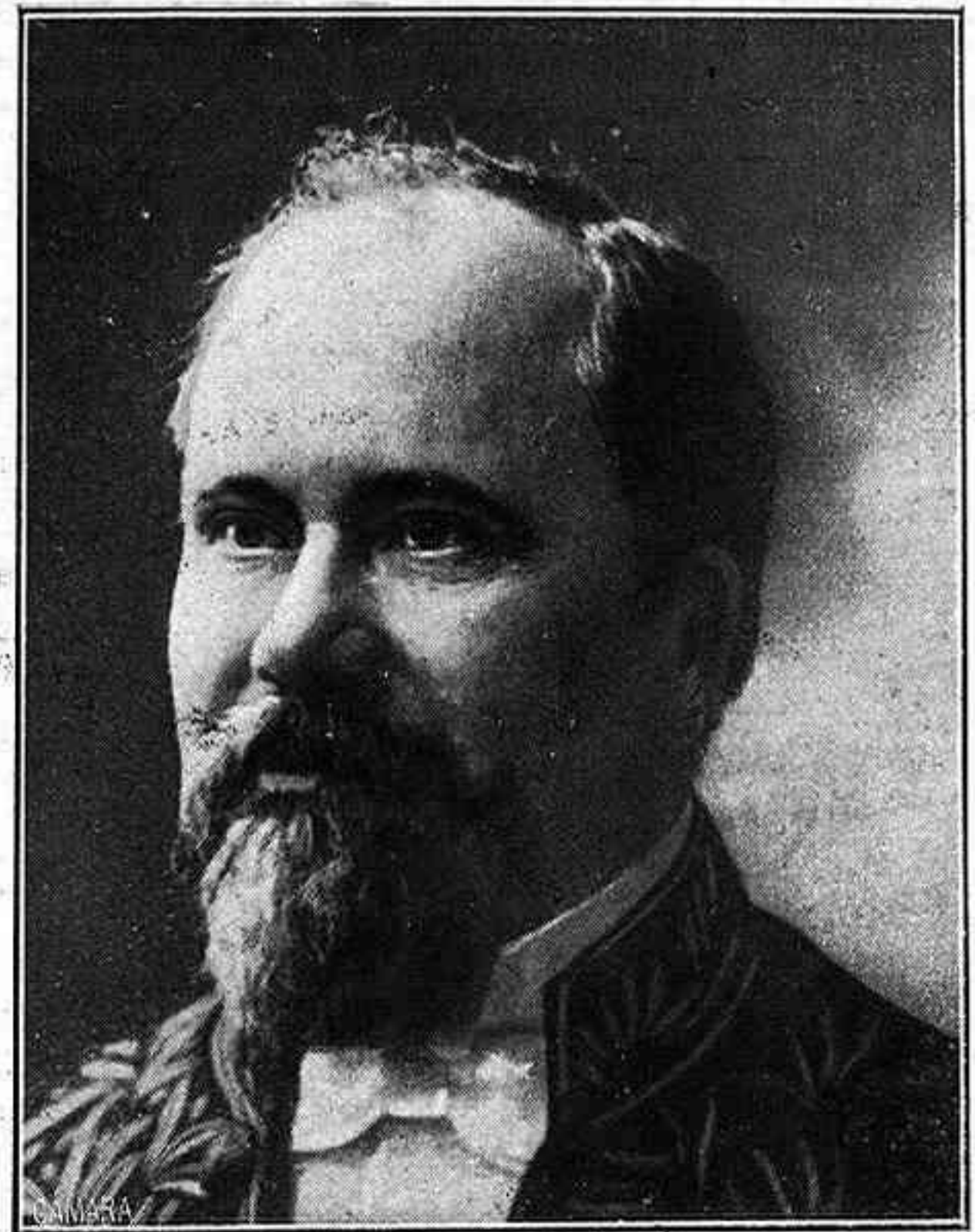
EL PRÓLOGO DE LA GUERRA EUROPEA



NICOLÁS II
Emperador de todas las Rusias



GUILLERMO II.
Emperador de Alemania



M. POINCARÉ
Presidente de la República Francesa



General Sukhomlinoff,
ministro de la Guerra de
Rusia



Un destacamento de Infanteria francesa, dirigiéndose á tomar posiciones en las inmediaciones de la frontera



Dr. Von Bethmann-Hollweg,
canciller del imperio
alemán



El Kaiser, con su Estado Mayor, pasando revista á las tropas en Döberitz

FOT. HUGELMANN

ATENEOS
BIBLIOTECA
MADRID



ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
GONZALO BILBAO



CÁMARA

Gonzalo Bilbao nació en Sevilla el 27 de Mayo de 1860. Su vida, desde 1880, en que, terminada la carrera de Derecho, se consagró por completo á la pintura, ha sido la de un incansable artista enamorado de su arte. Muchas veces le han ronreido los más halagadores triunfos. A los veintisiete años obtuvo una segunda medalla su cuadro *Dafnis y Cloe* en la Exposición Nacional de 1887. En 1889 consiguió tercera medalla en la Universal de París y segunda en el *Salón* del mismo año; otra segunda volvió á obtener en Madrid en la Internacional de 1892 y dos primeras de oro en las Nacionales de 1899 y 1901. La misma honrosa distribución tiene lograda en las de Berlín, Munich, Chicago y Barcelona. Sus envíos

á las Exposiciones Nacionales de 1904 y 1908 fueron de los más admirables de ambos certámenes y acaso hubo de cometerse con el gran artista la injusticia de no concederle entonces la definitiva consagración de la medalla de honor.

Sus obras más notables son: *Baile de los seises en la Catedral de Sevilla*, *La siega en Andalucía*, *El puente de Triana en una tarde de verano*, *Salida de la Fábrica de Tabacos*, *La esclava* y el *Retrato de señora*. Actualmente el maestro consagra todos sus entusiasmos á dos obras que pondrán glorioso remate á su historia artística: El cuadro *Susana y los viejos* é *Interior de la Fábrica de Tabacos*.

FOT. CAMPÚA

UN GRAN PINTOR SEVILLANO
GONZALO BILBAO Y SU ARTE

A caso á ningún artista contemporáneo pueda reconocérsele el derecho de la máxima d'annunziana — «renovarse ó morir» — como á Gonzalo Bilbao.

Sin abdicar de su credo estético, sin encaretar su personalidad, que siempre asomó pujante y impática, el maestro sevillano ha ido evolucionando con las distintas épocas de la pintura española contemporánea.

Tan es así, que estudiando toda su obra, desde los cuadros moceriles, un poco indecisos é indiscutiblemente influenciados que pintaba en Sevilla antes de su primer viaje á Italia, hasta los recientes estudios para su futuro cuadro *Interior de la fábrica de Tabacos*, hallaríamos reflejadas todas las orientaciones y renovaciones del arte actual.

No ha sido nunca un rezagado. Su sensibilidad vibró á todas las emociones; su inquietud—divina inquietud de los hombres que, bajo el cabello blanco, siguen siendo jóvenes—le impulsó á estudiar, á elegir las más opuestas tendencias. ¿Qué analogía podría hallarse entre *Dafnis y Cloe*, por ejemplo y *La Esclava*? ¿Qué hermandad existe entre *Efecto de sol en una huerta de Andalucía* y el *Retrato de señora*? ¿Parecen haber surgido de la misma mano el fortunismo minucioso de *Cementerio árabe ó Siglo XVIII* y el gentil revuelo de percales claros y la visión fugacísima de cabezas floridas de mujer que deja en la retina su *Puente de Triana*?

Y no son únicamente diferencias de estilo, cambio de procedimientos, anta-



Retrato de señora

gonismos de técnica, en fin, lo que separa á unos lienzos de otros. Es también una oposición radical, absoluta, de ideales. No piensa de igual modo al pintar la helénica—de un helenismo demasiado italianizado, modernamente, con la modernidad relativa de Villegas, su profesor de entonces—escena de *Dafnis y Cloe*, que al reflejar en toda su brutal realidad de sol y de sufrimientos humanos *La Siega en Andalucía*. Si en *La Esclava* el artista llega á una altísima cumbre de aciertos técnicos y psicológicos, no menos elevada es la cumbre en que está pintado ese admirable *Retrato de señora* que en la Exposición Nacional de 1908 fué la más depurada nota de verdadero arte.

Gracias á esta flexibilidad, á esta fácil y espontánea adaptación de Gonzalo Bilbao á las evoluciones estéticas que ha encontrado á lo largo de su vida artística, su pintura es siempre actual y está siempre ungida de vernales audacias.

Pero lo que más caracteriza los cuadros del maestro sevillano es su luminismo, el inaprendido regocijo de los colores que forman su deslumbradora sensación de movimiento y de vida. Es un luminismo lógico en su temperamento de meridional. El color en los cuadros de Gonzalo Bilbao, canta ebrio de sol.

¡Sol de Andalucía hecho para brillantar pupilas de mujer, clarear más aún las claras telas, agitar en fiestas coloristas las flores y darles moarés esmaltados á la sangre de los toros!

Este sol es un viejo amigo de Gonzalo Bilbao. En



Detalles del estudio de Gonzalo Bilbao, en Sevilla

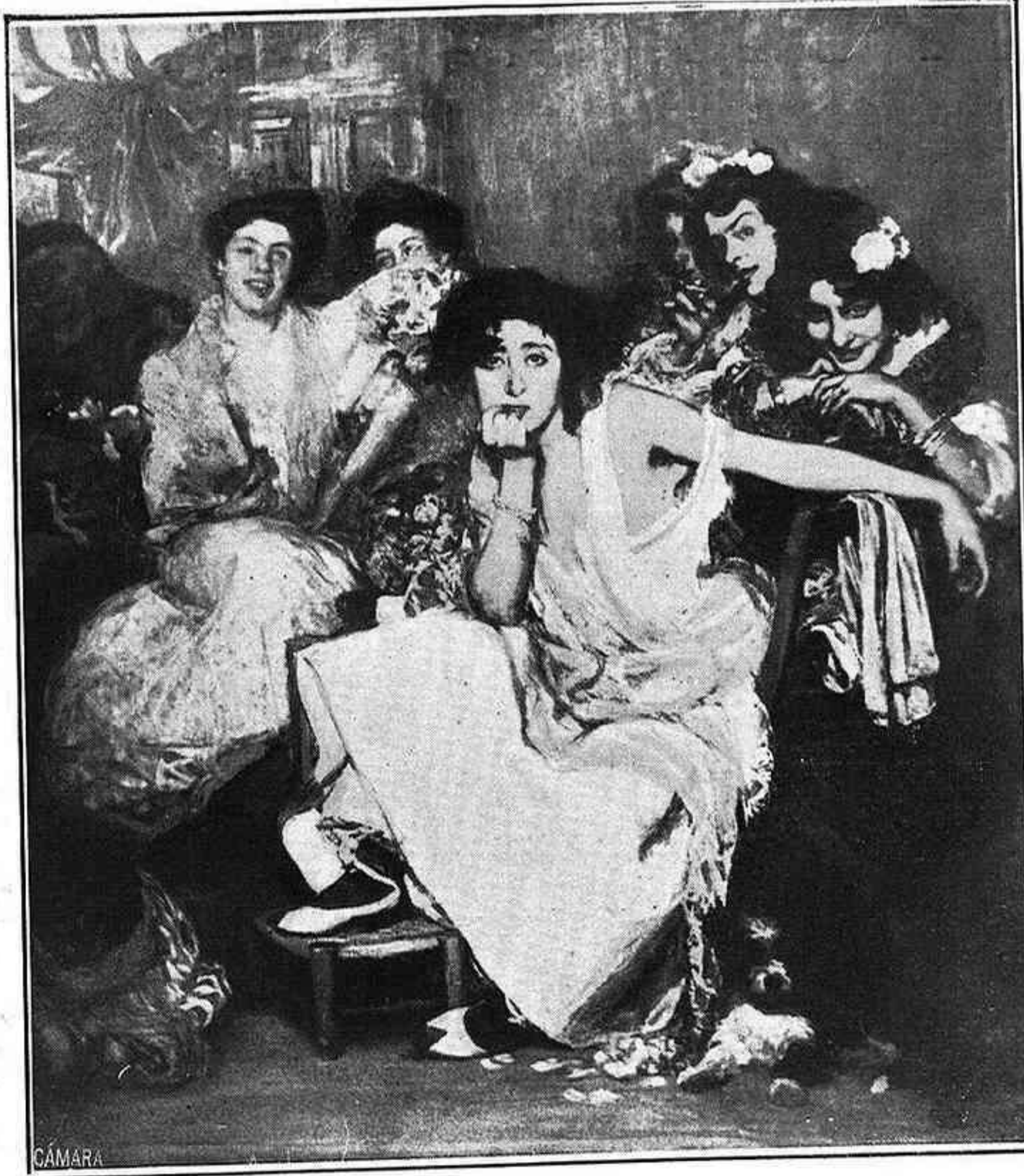


La cupletista

su paleta es como un color más. En su corazón canta coplas. Así la pintura del maestro ha sido siempre comentarios de la vida andaluza y, más que andaluza, sevillana.

Sevillanos sus primeros lienzos; de asuntos sevillanos los que le conquistaron las dos primeras medallas de oro. En la actualidad la obsesión de Gonzalo Bilbao es dejar bellamente eternizado en un gran cuadro, antes de que desaparezca por completo, uno de los aspectos más pintorescos de Sevilla: la fábrica de Tabacos.

Y ¿quién sabe? Acaso este cuadro sea el que



La esclava

logre para el maestro la medalla de honor que le consienta cruzarse de brazos, en su estudio magnífico—verdadero museo—de Sevilla.

ooo

En una personalidad tan proteica y polifacé-



Dama del año 1840

tica como la de Gonzalo Bilbao la diferencia de asuntos, tendencias y aun procedimientos técnicos, desorientan un poco á flor de mirada. No de otro modo sorprende al principio la nerviosa y ligera pincelada, el toque enérgico pero no acusado del todo, la visión demasiado estilizada de sus obras.

Podemos, sin embargo, asegurar que en Gonzalo Bilbao hay tres puntos de vista perfectamente definidos desde los cuales nos será permitido estudiar su personalidad.

Son la pintura realista, de aire libre, la tendenciosa y la de retratos.



Cigarreras sevillanas

Prescindamos de *Dafnis y Cloe* que es el cuadro de tributo á Italia. Ese cuadro que todo pintor español tiene en su historia artística; pero que no ha influido después en las obras siguientes.

El nunca bastante alabado ataque de Joaquín Sorolla á la pintura histórica, abrió audazmente, valientemente, las ventanas al sol é impuso la orientación sana, depuradora, de interpretar al natural en toda su integridad.

A este género de pintura colorista, luminosa, donde el vigor de la pincelada amplia sustituye al minucioso y amanerado retoque acromado del otro género pseudo-romántico y pseudo-histórico, pertenecen, entre otros, los cuadros de Bilbao titulados: *Efecto de sol en una huerta andaluza*; *La vuelta al hato*; *El puente de Triana*; *En el Guadalquivir*; *Salida de la fábrica*; *La recolección*; *Mar de Levante*; *Noche de verano en un barrio de Sevilla*; *La Siega*, y el cuadro *Susana y los viejos* que está pintando actualmente en Sevilla y que resolverá uno de esos proble-

mocitas que atraviesan el Puente de Triana una tarde de verano, ó que sonríen á los pirópos de los hombres, ó danzan sevillanas á la luz clara de la luna, y estas otras infelices mujeres de *La Esclava*.

Pocos cuadros españoles contemporáneos causan la emoción dolorosa, lacinante, de *La Esclava*. Este lienzo que, desgraciadamente, está fuera de España, en el Museo de Trieste, es un reflejo exactísimo de un interior de mancebía andaluza.

Espíritus hipócritas, los tartufos que tanto abundan en España, atacaron la idea, el propósito tendencioso de la obra. No podían atacar la parte puramente técnica porque pocas veces Gonzalo Bilbao ha demostrado hasta qué punto es un gran pintor. Todo en este cuadro es perfecto: la euritmia de las figuras y de los colores, la valoración de tonos, las veladuras y las gallardías luminosas. Tal vez una crítica demasiado exigente podría reprochar la composición un poco fotográfica del cuadro; pero nadie, á no

Y no el menos interesante. En ese lienzo pintado serena y lentamente, sin engañadoras nerviosidades, sin acuciamientos de luz demasiado fugitiva, sin esa preocupación del «movimiento» que se nota en otros lienzos, puede seguirse toda la trayectoria técnica del maestro. Es una de esas obras reveladoras del placer estético que causa al artista su ejecución. Está fijado el color, conseguidos los valores de un modo rítmico, suave, á la manera de un músico que fuera imaginando una dulce melodía...

ooo

Finalmente, casi tan grato como contemplar sus cuadros, es hablar con Gonzalo Bilbao.

No en balde pasó el tiempo sobre su vida. Sólo conserva de aquel admirable retrato que le hiciera Ramón Casas y que está en el Museo Municipal de Barcelona, la expresión melancólica y bondadosa que le imponen á la parte superior del rostro los ojos un poco tristes y la frente contraída en un pliegue de amargura.



El requiebro

mas sorollistas de reflejos sobre las carnes desnudas.

Pero el más representativo de todos estos lienzos es *La Siega*, expuesto en la Nacional de 1895.

Cuadro es este que no vacilamos en considerar como uno de los mejores del maestro. Pintado con gran valentía de paleta, significa, además de un acierto técnico indiscutible, una laudable desviación hacia la pintura de ideas, que en 1904 había de manifestar con tan admirable fusión de psicólogo y de pintor, el cuadro *La Esclava*.

Efectivamente: aquellos hombres encorvados, sudorosos, ennegrecidos por el sol implacable, y medio ocultos en el oro polvoriento y asfixiante de las mieses, eran como un grito de rebeldía, como un puño que se alza crispado y amenazador.

No es esta Andalucía de *La Siega*, la otra alegre, y pinturera de los cuadros de mocitas cubiertas de flores el rostro y envueltos los elásticos y gentiles cuerpos en pañolones filipinos; no es la Andalucía de las comedias optimistas y chistosas, de las juergas en colmados y casetas de feria.

Idéntica y abismal diferencia existe entre las

caer en la tartufería de que antes hablo, puede dejar de reconocer el mérito social de esta obra, superior por tantos conceptos á las anteriores de Sorolla y Fillol *Trata de blancas* y *La bestia humana*.

No ha faltado, sin embargo, quien haya dicho hablando recientemente de este cuadro, que «aquella esclavitud que deseaba abolir era una esclavitud que al más mínimo esfuerzo de la voluntad quedaba deshecha y al primer arrepentimiento redimida».

Del tercer aspecto, del de pintor de retratos, tenemos una brillante serie donde elegir. Gonzalo Bilbao empieza á pintar retratos en la plena madurez de su talento, cuando conoce y domina todos los recursos de un gran artista.

Mencionemos algunos de estos retratos: *General Polavieja*; *Dama de 1840*; *La gitanilla*; *Adolfo Posada*; *Agustín Lardhy*; *Emilio Torres (Bombita)*; *La Infanta Isabel*; *El magistral de Guadix*, y el de *Señora* que expuso en 1908 y que reproducimos en estas páginas.

Así como *La Siega* señala el momento culminante de su pintura al aire libre, y *La Esclava* el de su pintura de ideas, este admirable retrato de la cuñada del pintor es la obra capital de su tercer aspecto artístico.

Alto y delgado, su estatura borra la impresión de hombre del lejano Oriente que causa su rostro. Habla con esa dulzura silbante de los sevillanos y mientras habla da vueltas entre sus manos inquietas á las gafas que se quita y se pone, sin darse cuenta, abstraído en la conversación.

De sus palabras, como un perfume, surge la modestia. No está contento de sí mismo. Frecuentemente se le torna vaga, soñadora la mirada, como interrogando á un futuro aureolado.

Y cuando más juvenil entusiasmo le brotó de las pupilas, y le hizo sonreír y le borró la arruga amarga de la frente, fué cuando me decía:

—Ahora me paso todo el día en el Museo del Prado. Estoy copiando á los maestros españoles. Y sobre todo á Velázquez. No sabe usted lo que se aprende, lo que yo estoy aprendiendo ahora de este modo.

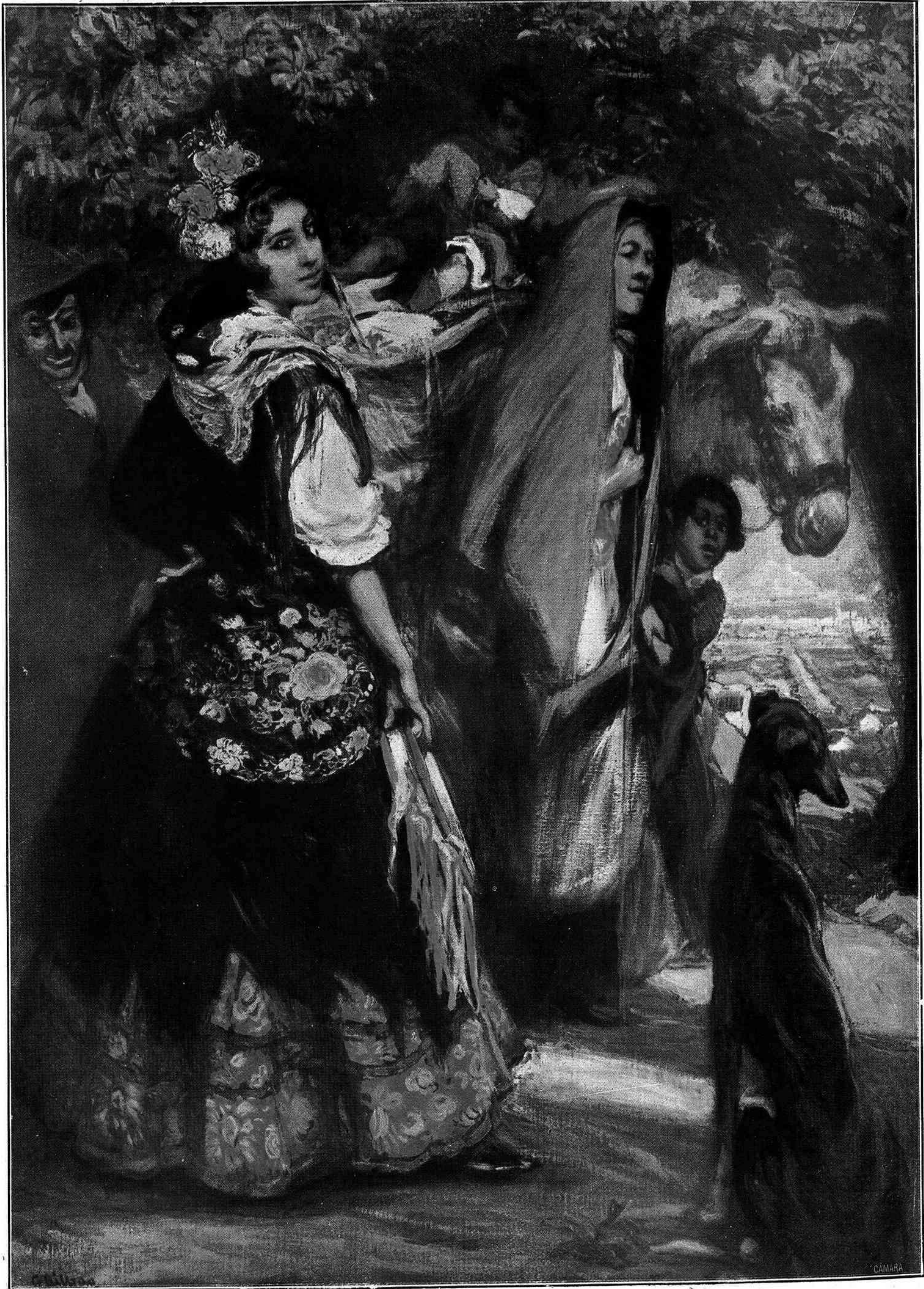
Yo le escuchaba complacido de tanta modestia, de tan noble humildad respetuosa para con los inmortales maestros españoles. Porque quien así habla es uno de los más grandes artistas de fines del siglo xix y comienzos del siglo xx y no se avergüenza de poner sus canas junto á juveniles cabezas de los mozos que ahora empiezan el doloroso camino...

SILVIO LAGO

ATENE
BIBLIOTECA
M. ID

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



GITANOS

Cuadro de Gonzalo Bilbao

PÁGINAS POÉTICAS



INTERMEZZO ROMÁNTICO

Corazón, corazón, ¿á dónde vamos?...
¿Qué te importan las luces de la aurora,
si en tu sendero todo gime y llora
y mustios penden los floridos ramos?...

Lo que aver, desdénosos, despreciamos
nuestra pobreza franciscana implora...
¡Que mendigar tendrémus desde ahora
todo cuanto aturdidos derrochamos!

¡Ya nuevos frutos del amor no esperes!...
Babeando lujuria, como un perro,
¿qué vas buscando en tu ansiedad funesta,
si en los festines del amor hoy eres
como el desfile de un mezquino entierro,
por el bullicio de una calle en fiesta?...

ooo

Ningún consuelo á mi dolor alcanza,
que al entrar en tu amor, dejé á la puerta,
con los despojos de mi carne muerta,
¡la esperanza de mi última esperanza!

¡Mi memoria borró la lontananza!...
¡En la infinita soledad desierta,
como una cruz sobre el olvido abierta
yace, clavada por tu férrea lanza!

¡Y mi alma, amarrada al duro leño
de este amor imposible aun para el sueño,
en bárbaro estertor estremecida

se refuerce en las llamas del Infierno,
sin esperanza, en medio del eterno
círculo de serpientes de la vida!

Cuando pasas, tus sedas y tus pieles
dejan tras sí, como fragante estela,
ese picante aroma de canela
con que nos embriagan los claveles.

Ese profuso olor de íntimas mieles
que del desorden de tu lecho vuela,
á mis sentidos lúbricos encela
en ásperos gruñidos de lebreles.

¡Pero yo, más que todos tus aromas,
amo ese olor á nido de palomas,
de suavidades y fragancias lleno,
que exhalan, cuando trémulo descieño
la celeste ilusión de tu corpiño,
las aladas blancuras de tu seno!...

ooo

¡El amor goza y sangra entre tus brazos!...
Eres cruel y bella... Tus moriscos
y dulces ojos, al mirar ariscos,
son para el corazón como saetas...

Tus blancas manos de perfectos trazos
son lobos que devoran mis apriscos...
¡Siempre acaban tus besos en mordiscos
y en ahogos de sierpe tus abrazos!

¿Qué te importa el suplicio de mi vida,
y lo grande y profundo de mi herida,
si al ver brotar la sangre te sonríes

bajo la sombra azul de tu cabello?...
Tal vez piensas:—¡Magníficos rubíes
para ornar las alburas de mi cuello!

¿Por qué niegas, Señor, tu santo amparo
al soldado más pobre de tu hueste?...
No te pedí jamás gloriosa veste,
ni oro y riquezas, ni laurel preclaro.

Ni en mis tormentas mendigué tu faro,
ni anhelé entrar en tu mansión celeste,
que nada vale para mí cual este
amor que en mis entrañas guardo avaro!

¡Un beso sólo de su boca!... ¡Y luego
la eterna sombra y el eterno fuego,
la más pzenne y bárbara agonía!...

¡El más profundo y tenebroso olvido!
Eso, Señor, tan sólo te pedía...
¡Y ni eso, Señor, me has concedido!

ooo

¡Está tan lejos, corazón, tan lejos!...
Su recuerdo (¡qué horror!) tiene ese tono
borroso que ennegrece de abandono
á las figuras de los cuadros viejos.

¿Qué hoscas nubes velaron tus reflejos,
sol de mi juventud?... ¡Divino Icono,
sólo un débil destello de tu trono
dora la antigüedad de mis espejos!

Nada es preciso en tu recuerdo... Nieblas
amortajan en sombras tu figura...
¡Solo, á veces, rasgando las finieblas

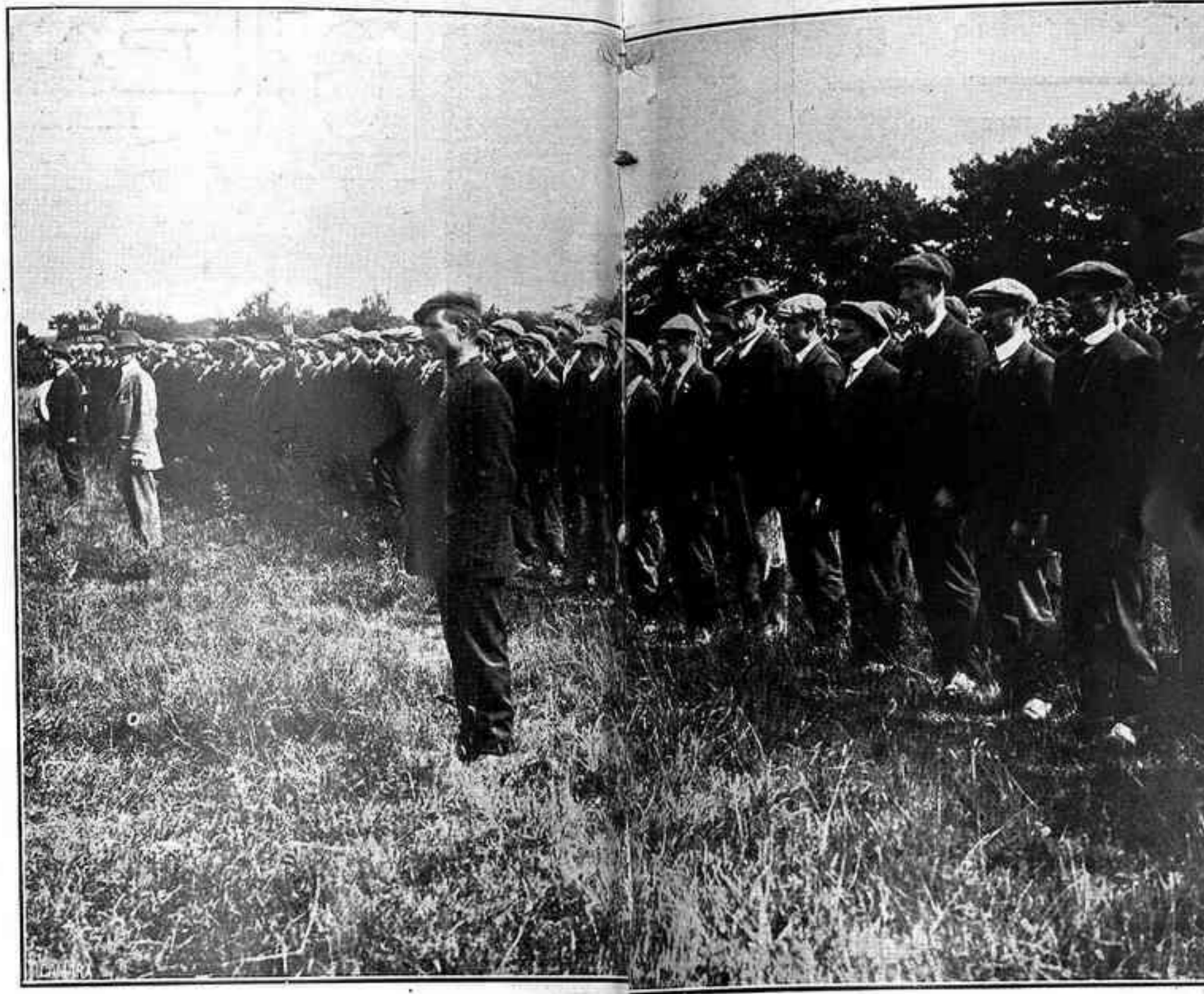
del nocturno pavor de mis despojos,
pasa como un relámpago, la oscura
y divina tristeza de tus ojos!

FRANCISCO VILLAESPESA

DIBUJO DE VALERA DE SEIJAS



Presentación de la bandera de un regimiento de voluntarios, por el jefe del movimiento, Mr. Carson



Un batallón de voluntarios nacionalistas de Ulster, haciendo instrucción

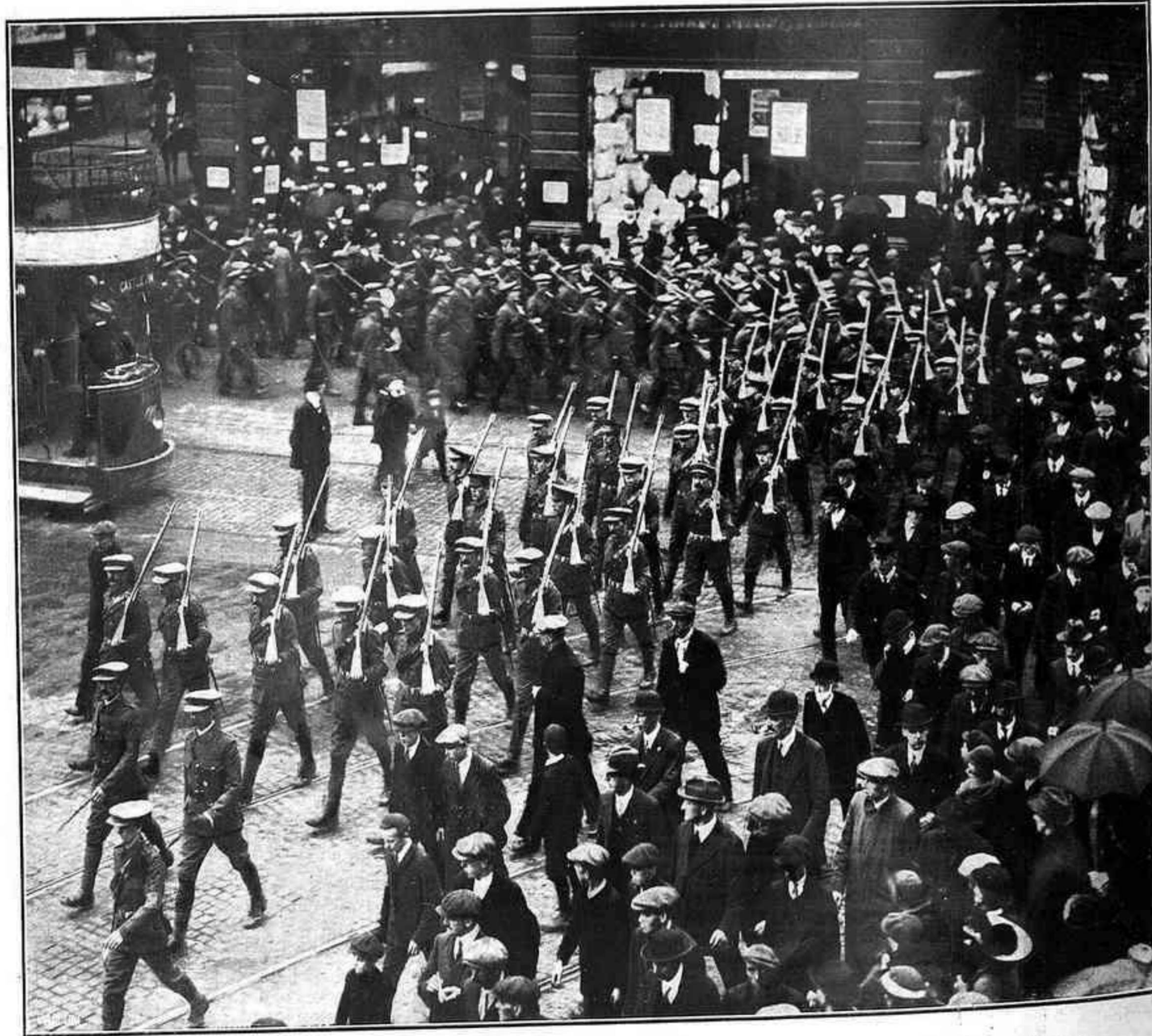


Ametralladora del ejército nacionalista, de Ulster, que figuró en la revista celebrada en Larne

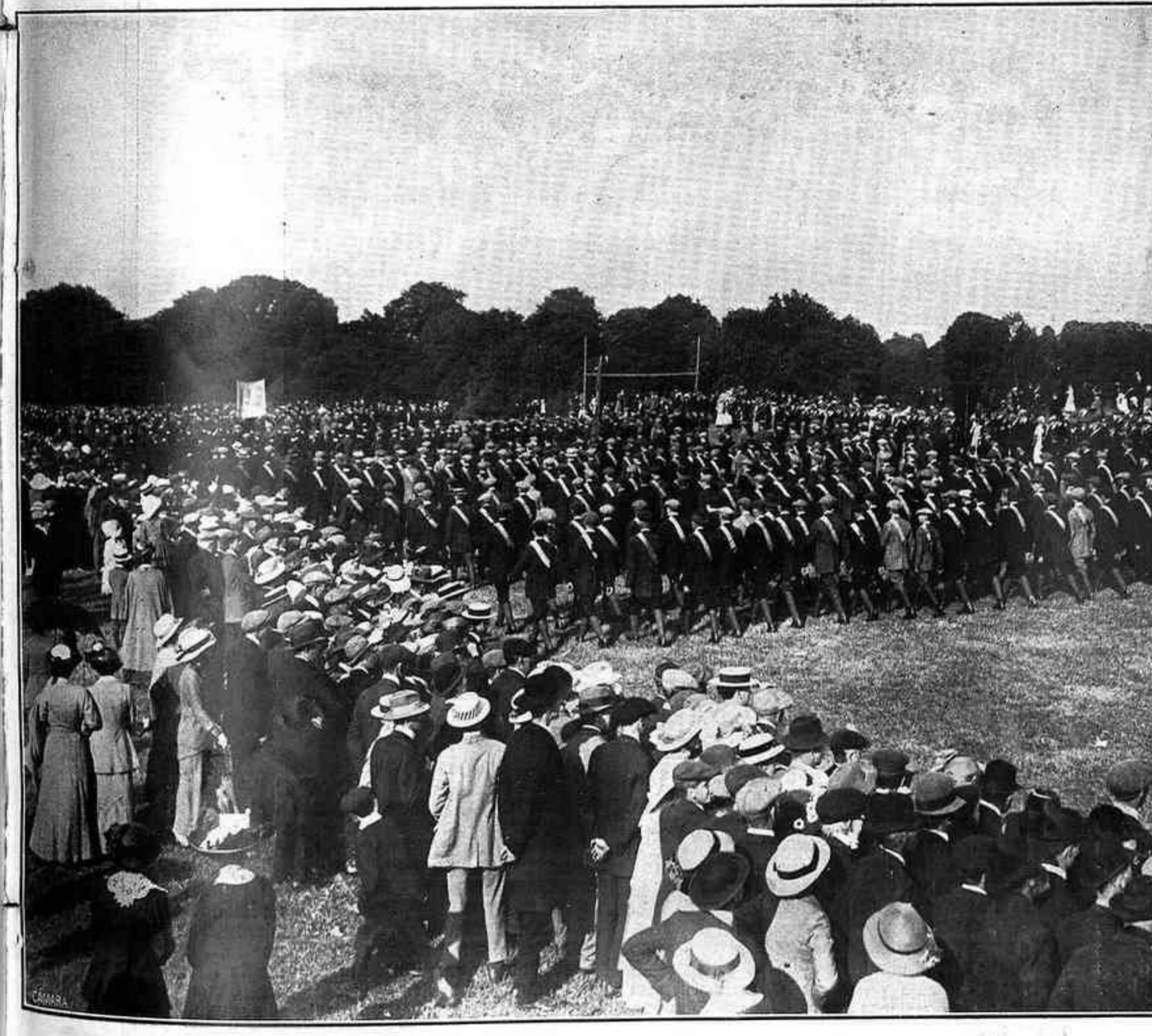
Por primera vez, desde que la cuestión del Ulster adquirió todos los caracteres de un gravísimo conflicto político interior en el Reino Unido, la sangre ha corrido en Irlanda. Un grupo de nacionalistas que regresaba días pasados a Dublin con armas procedentes de un alijs, fué detenido por la policía, trabándose un reñido combate del que resultaron numerosos heridos de ambas partes. Es la primera chispa de un incendio que viene incubándose en la próspera nación británica y que, de no encontrarse una fórmula salvadora que resuelva para siempre el trascendentalísimo problema, será una verdadera catástrofe nacional.

Días pasados celebróse en el Palacio de Buckingham, bajo la presidencia del Rey Jorge, una interesante conferencia a la que asistieron jefes de los partidos conservador, nacionalista irlandés y protestante de Ulster, juntamente con los miembros más caracterizados del Gobierno, Mr. Asquith y Lloyd George. La expectación por los resultados del Consejo era enorme, pues se esperaba que de aquellas deliberaciones saliera la paz ó la guerra. Pero esas expectativas quedaron defraudadas porque de la conferencia no resultó ningún acuerdo práctico.

Mientras tanto, nacionalistas y ulsterianos se arman hasta los dientes, se adiestran en el manejo de las armas, practican frecuentes ejercicios militares y se aprestan, en una palabra, á la lucha armada, como si ella fuera la única salida á una situación creada por aspiraciones políticas antagónicas, encontradas, irreductibles desde los respectivos puntos de vista: la im-



Desfile de los voluntarios de Ulster, en Belfast, después de la revista celebrada ante Sir Edward Carson, jefe del movimiento contra la implantación del "Home Rule"



Gran parada del ejército nacionalista, en Castle Bellingham, y en la que figuraron 4.000 hombres mandados por Lord Ashbourne

plantación de la autonomía á Irlanda, por lo que desde hace luengos años suspiran los nacionalistas irlandeses, la abolición del *Home Rule*, que es el punto de mira de los fusiles del Ulster, y que, justo es confesarlo, cuentan con las simpatías de la gran masa luterana del Reino Unido.

Porque en el fondo de la cuestión se agita una determinante de orden religioso. Los protestantes de Irlanda que, en relación con la población católica son muy inferiores en número, temen que al implantarse el *Home Rule*, y libre el país para hacer sus leyes en su Parlamento, el partido católico, que es el más fuerte, se prevalega de su situación ventajosa para imponerse á los elementos luteranos tanto en la vida política como en la económica. Y esta preponderancia están dispuestos á no tolerarla, aun cuando para ello fuese necesario ensangrentar la «Verde Erin» y sumirla en la desolación y el luto. Actitud que apenas se concebiría, si no se recordasen páginas de Historia y si no se tuviese presente la fuerza espiritual que representa el luteranismo en el Reino Unido.

Hay, sin embargo, la esperanza de que los actuales acontecimientos de orden internacional, logren aplazar este conflicto interior, dando tiempo para buscar soluciones de concordia que eviten á Inglaterra una guerra civil.

Varias interesantes notas gráficas, del conflicto de referencia, ilustran la presente plana, figurando entre las más significativas la gran parada del ejército nacionalista en Castle Bellingham.

ATENEOS
BIBLIOTECA
MADRID

Cuentos Españoles



La ogresa

EN la penumbra de sus ojos tristes está el misterio de su vida. Fué allá... ¿dónde?... sábelo Dios y sábelo ella. Acorralada por la adversidad, perseguida por el dolor, sintiendo en sus cidos perdurablemente el eco de la voz paterna que le grita: «¡vete, huye!», bajó de las montañas al valle, donde los lagos apacibles reflejan á Lucerna ó Interlaken, pasó como una sombra de vicio por los cabarets y las terrazas y llegó á París. Cada amanecer, después de las noches tempestuosas, sin más guía que el ver hacer á los demás, arrastrada por el acaso, su pecho estallaba en sollozos y sus ojos se desbordaban en lágrimas. ¿Qué había sido de su hijo? ¿Dónde quedó? ¿A qué manos mercenarias fué á parar? Lo demás le importaba nada. El miserable que la olvidara, el padre cruel que la sa-

crificara á una empecatada idea de honor, roto como un espejo... ¡Su hijo! ¡Su hijo, al que vió un minuto, rubio, sonrosado... Y ya no más... Y ya no más para siempre!

Huyó de París y llegó á Madrid. Era alta, un poco angulosa, de rostro inexpresivo, sus ojos azules tenían dulce serenidad, hablaba bien el francés, mascullaba regularmente el alemán, sabía arrancar melancólicas notas al violín, no aporreaba mal el piano y en varios deportes femeniles alcanzaba verdadera maestría. En una agencia le aconsejaron que se dedicara á institutriz y le buscaron acomodo; un acomodo un poco ridículo, con familia de escasa posición y mucho aparato; un matrimonio mal avenido, unos niños enclenques y voluntariosos... Pero Henriette—que así se llamaba—encontró una gran paz espi-

ritual en aquel lugar sombrío. Todo había acabado para ella. Del amor quedábale en el alma un dajo amargo, y sobre todo, como un remordimiento fiero, quedábale el recuerdo de aquel hijo, sonrosado, rubio, redondo, de carneitas suaves, abandonado, perdido, jacasó muerto!... Dos veces había escrito á sus padres pidiéndoles perdón, mostrándoles el arrepentimiento de su nueva vida y no había tenido respuesta... Era preciso seguir recorriendo la calle de la Amargura, con sus caídas, con sus dolores, con su sangre... y Henriette creyó olvidar el pasado.

Se dedicó intensamente al cuidado y á la educación de los niños de aquel hogar. Eran dos: Claudio y Narcisa. Cuando advirtieron en su institutriz un poco de amor verdadero, renacieron á una vida nueva. Habitados á las querellas de

sus padres tenían los ojos llenos de miedo. Claudio, sobre todo, que contaba ya nueve años y razonaba á su modo, hizo de Henriette una profesora. Se estableció entre ellos una intimidad muy honda. Su naturaleza raquílica se sentía halagada por aquel cariño mimoso, por aquella dulcedumbre de las palabras, de las caricias y de los besos, que hasta entonces no había gustado plenamente. Henriette desbordó el sentimiento de su maternidad robada, amputada, sobre aquel niño. Quiso hacer de él un hombre vigoroso, osado, luchador, sabio. Torturaba su cerebro imaginando arbitrios para que el chiquillo se fortaleciera y lo fué consiguiendo lentamente. Le hacía madrugar, le daba duchas y masaje y le obligaba luego á hacer ejercicio, á dar largos paseos. Había comprado un manual de educación física y ensayaba todas las fórmulas, segu-

ro ó á la Moncloa, Henriette tocaba el violín y Claudio entonaba canciones pastoriles de Suiza que la institutriz le había enseñado. Henriette le miraba, entornando los párpados, y se creía transportada á sus montañas. Un día el arco se detuvo sobre las cuerdas del violín.
—¡Oh, señorito Claudio, me hace usted llorar!...—y estalló en sollozos la desdichada mujer.

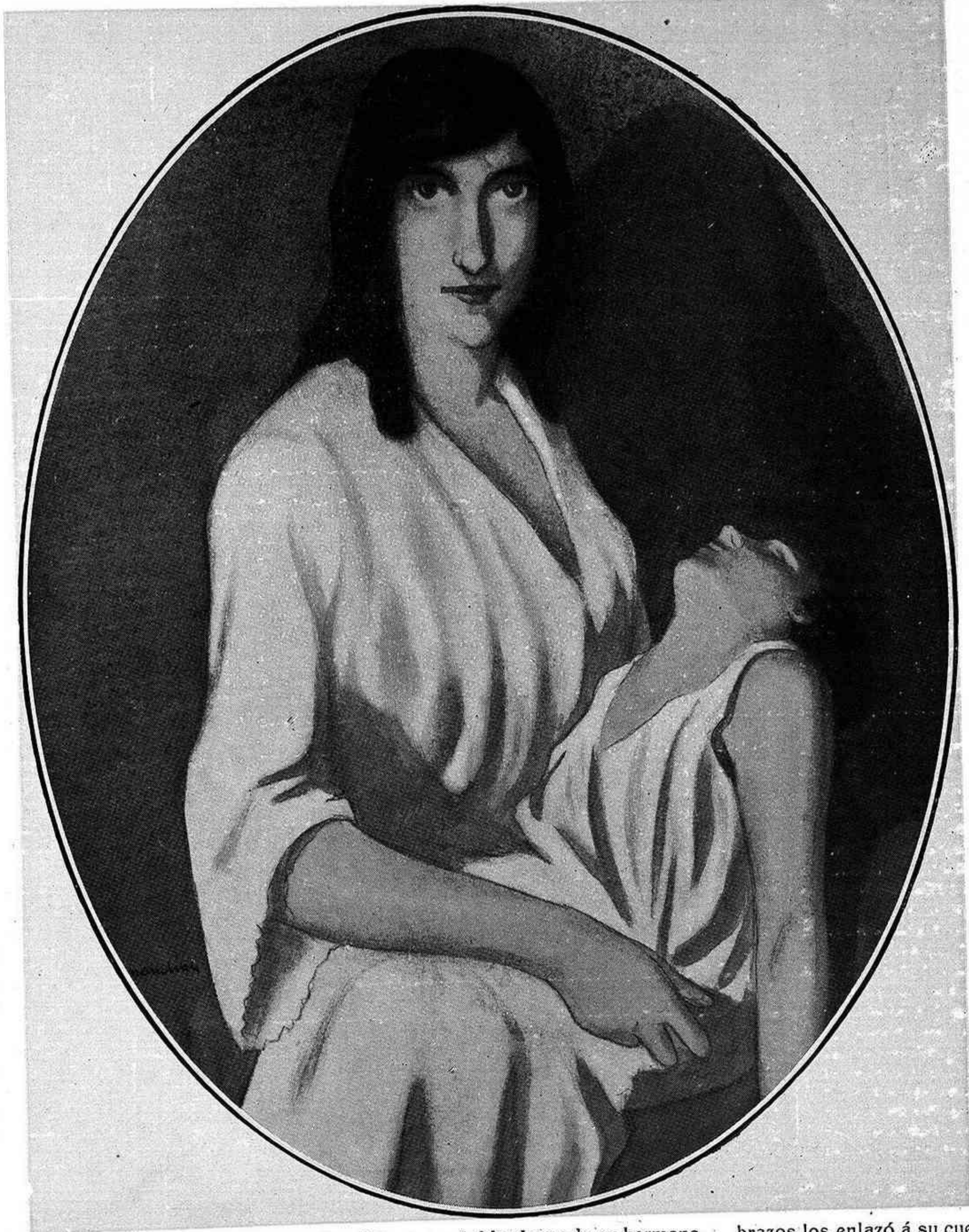
El chiquillo se acercó á ella y comenzó á consolarla. Le abrazó y se besaron efusivamente. Narcisa alzó los ojos del bastidor donde bordaba y contempló la escena. Hacía tiempo ya que sentía la envidia de aquel cariño. Para ella la institutriz era rigurosa y severa. La reprensión acrituz y gozosa hacía resaltar sus mentirillas y sus torpezas. Durante la comida aquel día contó á su madre maliciosamente lo ocurri-

los envoltorios de ropa ya hechos, releía los papeles de su discípulo, corrigió minuciosamente en su última hoja de traducción, como si al día siguiente hubiese de reanudar las lecciones, y á medida que las horas pasaban, todo el dolor de su vida, que parecía extinguido, resucitaba del fondo de su memoria como un fantasma. Otra vez se le arrancaba su hijo y se le gritaba como una maldición: «¡Vete! ¡Huye!»

Rodeábala un profundo silencio. Miró su reloj y quedó sorprendida al ver las horas que habían pasado. Toda la casa estaba á oscuras. Descalzóse y se encaminó á la alcoba de los niños. Tocó la almohada de Claudio y se inclinó sobre ella, murmurando quedamente:

—Claudio, niño mío, hijo mío, despierta, quiero despedirme de tí!

El chiquillo la oyó y corrió, y alzando los



ra de que las más candorosas darían un gran resultado, por el amor maternal con que ella las aplicaba ó las hacía practicar á su educando.

Así pasó un año. Aquel cariño iba ganando el corazón de Henriette de tal modo, que el recuerdo de su propio hijo se borraba en su memoria como un ensueño, y la alegría entraba á raudales en su alma. La niña no le inspiraba tan hondo afecto. No era expansiva y bulliciosa como Claudio. En su pobre alma virgen habían sembrado recelos y desconfianzas los tristes días de su primera infancia, el escaso amor de su madre, las horas de abandono en manos mercenarias. La habían modelado egoísta, reconcentrada, mentirosa. Gustaba de quedarse á solas ensimismada y cualquier ejercicio, cualquier trabajo la fatigaba rápidamente.

Claudio tenía una linda voz y fino oído. Las tardes lluviosas, cuando no podían salir al Reti-

do. Claudio comenzó á burlarse de su hermana, chismosa y acusona, pero ante un gesto severo de la madre, se puso intensamente pálido. Y mirándola, con los ojos muy abiertos, balbuceó haciendo un esfuerzo:

—¡Como tú no me besas nunca!

No llegó hasta el corazón de la madre aquel latigazo, pero á los pocos días comenzó á preocuparse. En una hora de paz, logró convencer á su marido. Claudio comenzaba á hacerse un moctón; se había transformado en poco tiempo y parecía ridículo que una institutriz le educara. Se revino enviarle á un colegio y como Narcisa rehusara seguir sometida á los rigores de la institutriz, quedó ésta despedida.

Henriette recibió la noticia impasible. Respondió que marcharía al día siguiente y se refugió en su alcoba, comenzando á arreglar sus baules. Maquinalmente iba de un lado á otro, deshacía

brazos los enlazó á su cuello y la atrajo hacia sí Henriette le besó en los ojos, en las mejillas y en la boca y entonces sintió como un latigazo brutal. Y le mordió furiosamente en los labios.

—¡Me haces daño!—gimió el niño.

—¡Es que eres mi hijo y, como el otro, me lo roban!... ¡Pero, ahora no... ahora no!...

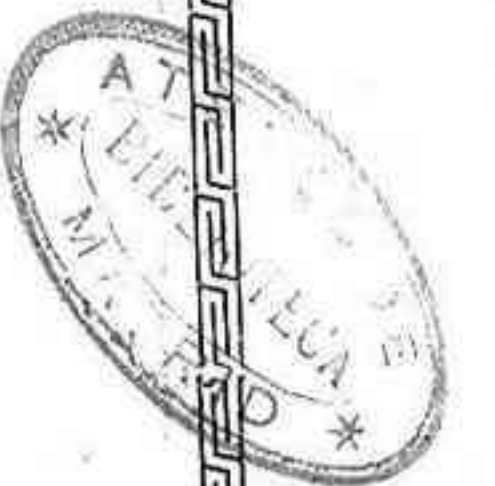
Y las manos de Henriette, que le acariciaban, se ciñeron á su cuello y apretaron, apretaron, hasta ahogarle.

Claudio quiso defenderse; pateó furiosamente; sus manos desgarraron las ropas de Henriette y en la lucha un mueble rodó con estrépito.

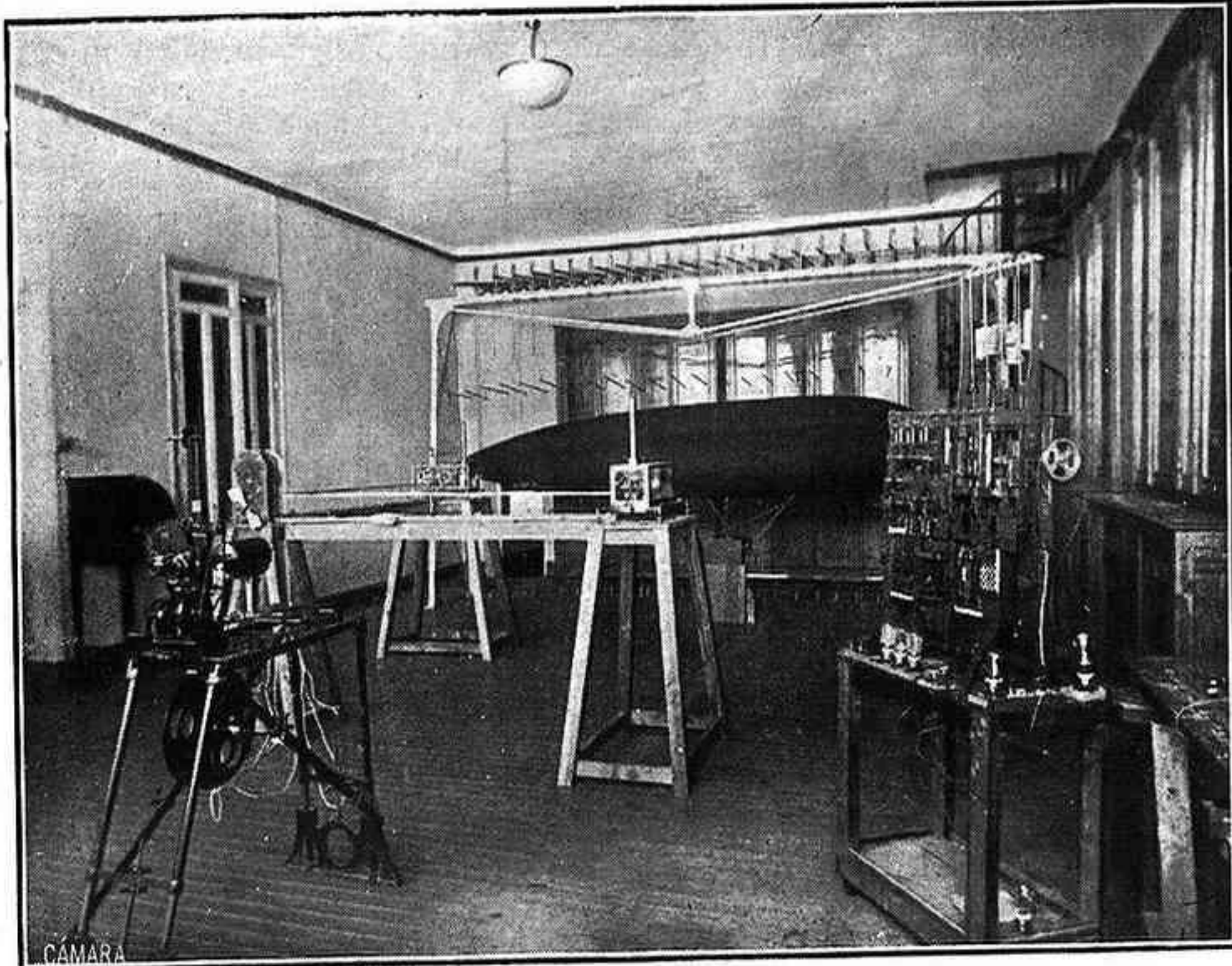
Y al acudir los criados, encontraron á la ogresa, con el niño muerto en los brazos, mecido y con la fatigada voz cantando una canción pastoril de sus montañas...

DIONISIO PÉREZ

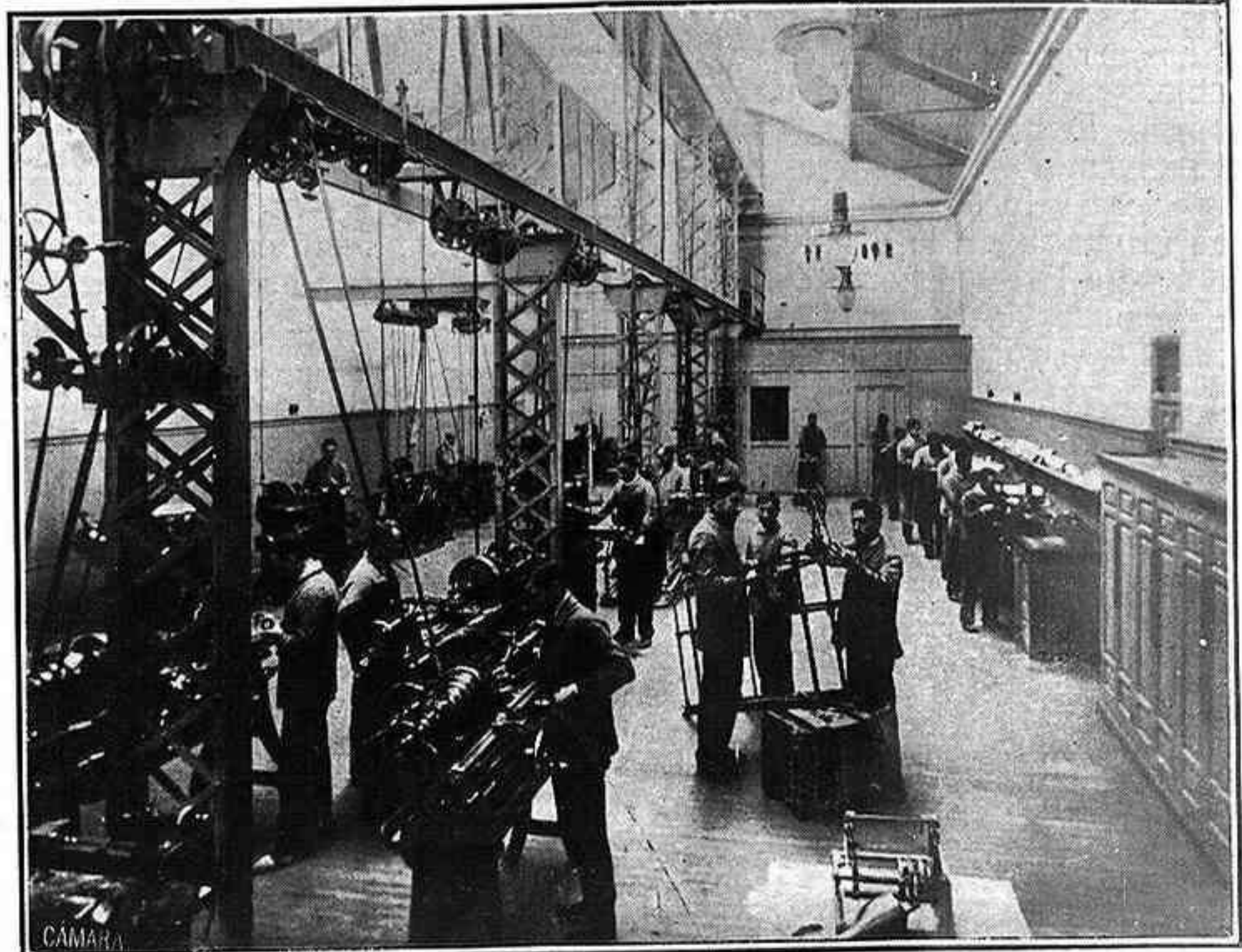
DIBUJOS DE MANCHÓN



UN GRAN INVENTOR DE HOY D. LEONARDO TORRES QUEVEDO



Sala de montajes y ensayos.—A la derecha, el aparato que juega el final de una partida de ajedrez



Taller de precisión en el Laboratorio de Aeronáutica, que dirige en Madrid el Sr. Torres Quevedo

DETRÁS del palacio de la Industria y de las Artes, está el Laboratorio de Aeronáutica que dirige D. Leonardo Torres Quevedo.

He aquí un nombre bien conocido de todos los españoles cultos, en particular, y más generalmente de cuantos en el mundo se interesan por el progreso de las aplicaciones científicas.

Quizá entre nosotros ignore mucha gente la existencia de nuestro Laboratorio de Aeronáutica: el caso no es nuevo; pero en cambio todas las sociedades científicas europeas, donde se asigna á todo mérito su valor exacto, conocen y admiran la labor de las varias secciones de este centro.

Don Leonardo nos ha recibido en un amplio despacho cuyos ventanales, grandes y luminosos, se abren al trozo de campo que acabamos de conocer.

Don Leonardo es un hombre apacible, de hablar reposado, de afabilidad exquisita. Su corpulencia, exenta de todo movimiento brusco é inarmónico, presta á la figura de sabio una atractiva majestad; escucha cuanto le dicen atentamente, como el hombre acostumbrado á investigar la entraña de todas las cosas. Así, su respuesta es tan concisa como le permite cada cuestión, pero siempre bastante á contestar á todo el pensamiento, por mucho que le haya limitado la insuficiencia de las palabras.

Hablamos en primer lugar del Laboratorio; el ilustre ingeniero muestra visible empeño en desviar de su persona la conversación. Es este Centro una de las creaciones de orientación más noble, llevadas á cabo en España por la acción oficial desde hace mucho tiempo, y lo mismo en su parte de Aeronáutica como en la de Mecánica aplicada, que funciona igualmente bajo la dirección del señor Torres Quevedo, realiza una labor constante, no por más silenciosa, menos fecunda.

Su director nos recuerda algunas de estas máquinas de precisión, construidas en esta casa y consagradas luego por la experiencia: el magnetógrafo Brañas, que mide las variaciones del campo magnético terrestre; el cardiógrafo Gómez Ocaña, para el estudio gráfico de los movimientos del corazón; aparatos para medir la fuerza de los electroimanes, las resistencias eléctricas, y otros muchos instrumentos de exactitud maravillosa, entre los que cita más especialmente el aparato Santano para montar en dúplex el telégrafo Huzues, invención española que vino á resolver la insuficiencia del cable de Almería á Melilla cuando el exceso de servicio consiguiente á las pasadas

campañas, aún imponía la instalación de otra línea y con ella un gasto enorme para nuestra Hacienda.

D. Leonardo sonrío al referirnos estos detalles, porque más que los propios, le envanecen como director los triunfos de este laboratorio en el que ha puesto siempre todos sus amores.

Recorremos luego las diversas dependencias de la casa guiados por las explicaciones del ilustre inventor. El taller electro mecánico, donde trabajan varios obreros, las salas de ensayos y montajes, los gabinetes de trabajo de los jefes...; en todas partes, en vestíbulos, pasillos, escaleras, resplandece la más exquisita pulcritud, la tarima encerada refleja las paredes, muebles y aparatos, y la decoración sobria, armoniza perfectamente con este sosiego que es la característica de la casa.

En nuestra visita hemos tenido ocasión de ver algunas máquinas de las que han hecho célebre el nombre del gran ingeniero. Aquel «Telekino» que permitía dirigir desde tierra un barco situado en medio del mar; un pequeño modelo del transbordador que conduce viajeros desde el monte Ulía; una reducción de su globo famoso, adoptado frente á todo otro sistema por una nación tan celosa de su defensa aérea como la Gran Bretaña; y junto á estas grandes obras de la ingeniería, pequeños aparatos que son verdaderos portentos de mecánica, maquinillas que

multiplican, integran y resuelven ecuaciones con toda precisión, como si el hombre de ciencia hubiese puesto en cada una de ellas algo de su alma y de sus talentos; finalmente, un aparato maravilloso que juega al ajedrez.

Sí, este aparato, en efecto, juega al ajedrez con el que quiera poner á prueba su habilidad; porque es de advertir que siempre gana. Claro es que se trata de una máquina en estudio y mueve solo un corto número de piezas, pero las mueve con toda seguridad, nos sitúa, nos acorrala, nos avisa los jaques y cuando nos da mate corta por sí mismo la corriente, dando por acaba la partida. Y no nos vale usar de mala fe, porque apenas hacemos indebidamente una jugada, el aparato la protesta; si volvemos á incurrir en falta, vuelve á prevenirnos, pero si reincidimos tercera vez, el ajedre ista, justamente molesto, corta la corriente y se niega á seguir jugando con nosotros. ¿Finalidad práctica? No la conocemos: la que tiene todo capricho de inventor; éste demuestra, por lo menos, la posibilidad de resolver todos los problemas de movimiento, aun el más absurdo, con el admirable dominio de la cinemática que es patrimonio exclusivo de D. Leonardo Torres Quevedo.

Ante su modelo de globo dirigible, hemos acabado por hablar de la navegación aérea, uno de los estudios á que más atención ha dedicado siempre nuestro ilustre interlocutor.

Yo le pido algunos detalles que me sirvan para hacer historia de su notable descubrimiento, consagrado ya por el triunfo en los aeródromos de fuera de España y tratado por la prensa mundial como la más seria y transcendente afirmación de la navegación aérea.

—Es muy sencillo—contesta amablemente D. Leonardo.—Hacia mucho tiempo desde que llevé trazas de ser una positiva realidad la solución del problema de los dirigibles, y más especialmente desde que comencé á entablarse entre los técnicos la controversia de cálculos y de experimentos en favor de los globos rígidos ó de los flexibles, emprendí yo con interés el estudio de esta cuestión, buscando una solución media, que reuniera las ventajas de ambas, evitando en lo posible sus inconvenientes.

—¿Y tardó usted mucho tiempo en hallarla?

—Precisamente en esto, no. El tiempo que tarda en ofrecérsenos cualquier idea viable, es siempre muy corto si se compara con el que luego hemos de emplear en convencernos de su eficacia y convencer después á todo el mundo. En 1902 presenté á



D. LEONARDO TORRES QUEVEDO
Insigne inventor español

las academias de ciencias de París y Madrid mi primer proyecto de dirigible, que obtuvo informes altamente favorables allí de Mr. Appell y en España del insigne D. José Echegaray.

—¿Fue aquel globo el que se ensayó más tarde en el parque de Guadalajara?

—No; aquel no llegó a construirse. Preferí antes subsanar algunas deficiencias que yo mismo encontré en mi primer proyecto, y dos años después terminé otro, el cual llevé a la práctica realizando con él los primeros ensayos. También por entonces fue creado este Centro de Aeronáutica y a aquél va unida la historia de todas las modificaciones introducidas en mi sistema.

Poco después de verificada la primera prueba aludida, en nuestro parque aerostático militar, el Sr. Torres Quevedo las repetía en el aeródromo de Sartrouville, cerca de París, ofreciendo ambos ensayos un testimonio pleno de las ventajas reunidas por su nuevo globo. Tanto fue así, que a la vista de tales resultados, la casa Astra—de cuyos talleres salió más tarde nuestro dirigible *España*—hizo proposiciones al gran ingeniero para la adquisición exclusiva de sus patentes en todo el mundo, naciendo entonces el nombre «Astra-Torres» que llevan estas últimas naves aéreas.

—¿Podría usted facilitarme algún pormenor sobre la característica de sus globos?

—Ya lo creo, pero temería ser muy prolijo y aun salirme de los límites que por naturaleza requiere su información. Mi novedad consiste principalmente en haber sustituido la armadura rígida que llevan los globos «Zeppelin», y que además de pesar mucho hace muy difícil su manejo, por una *viga de cuerda*, compuesta de tres cordones gruesos, cosidos a todo lo largo del globo, sólidamente unidos por muchos triángulos de cordones más finos, escrupulosamente calculados y de resistencia probada.

—¿Es esta, pues, su famosa «viga funicular»?

—Efectivamente... Ya digo que quiero evitar

aquí la prosa de todo tecnicismo. Fácil es comprender que al llenarse de gas el globo, la presión que extiende su superficie produce la tensión de las cuerdas y da a la viga la misma consistencia de una armadura rígida. Por el contrario, cuando se deshincha una vez terminado el viaje ó por imposición del temporal, puede ser

go, cuantos por costumbre ú obligación hojeamos con frecuencia la prensa extranjera, no hemos olvidado estos sucesos registrados en los concisos artículos del *Times* y en las sonoras informaciones de la prensa francesa que, al dar cuenta de la construcción de sus dos globos «Torres Quevedo», augura para Francia el lugar de primera potencia aérea del mundo.

Al traer a la memoria estos recuerdos tan recientes aún, cierto movimiento de envidia nacional me lleva a preguntar al ilustre inventor:

—¿Y nuestro Gobierno, a su vez, no le tiene hecho ningún encargo de globos, conocidas sus excelencias y tratándose de un invento español?

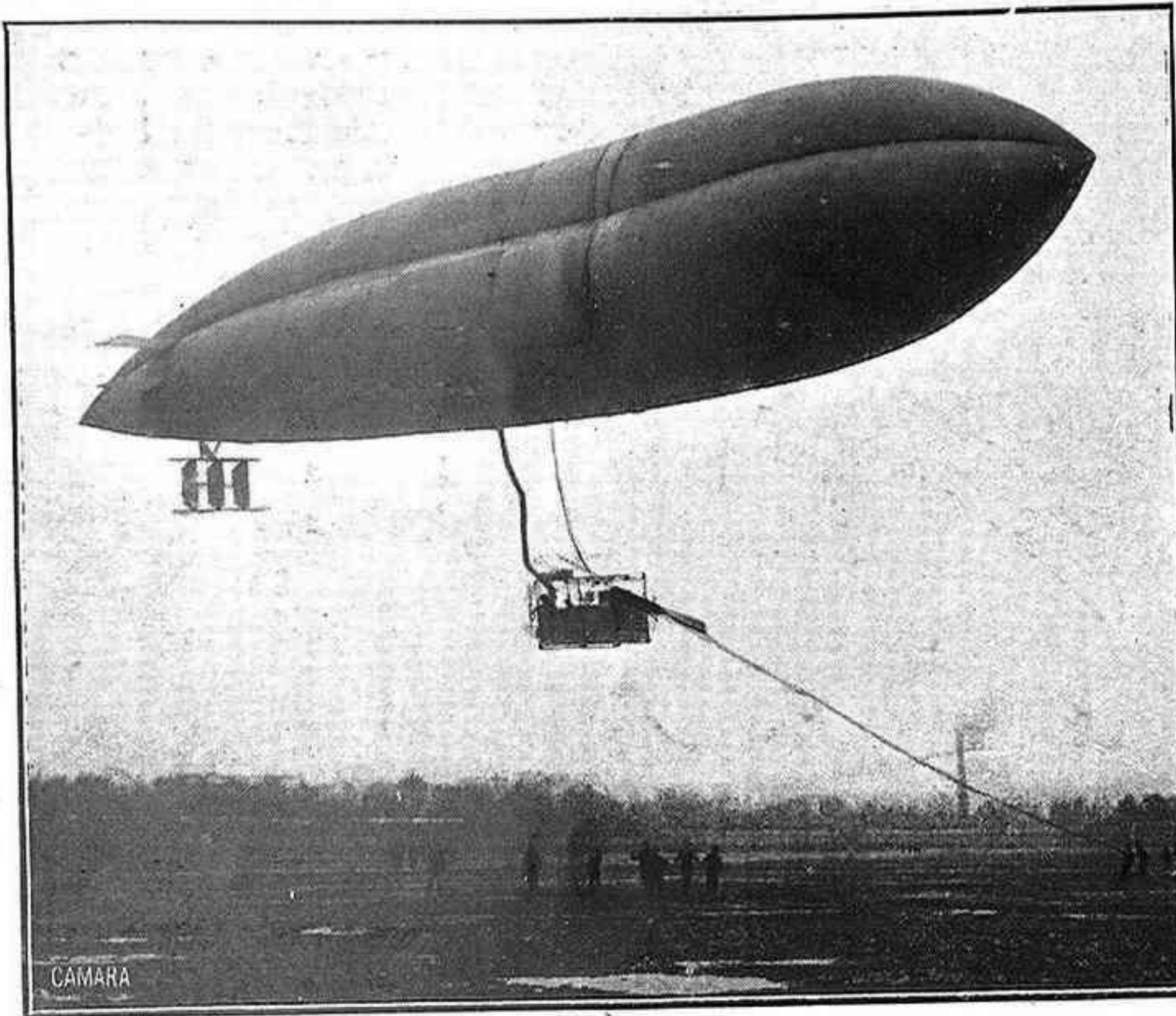
—Ninguno hasta ahora, y no es suya la culpa. Lamentablemente, las condiciones de nuestra Hacienda no son las mejores para comprometerla en dispendios de cierta importancia. Pero tampoco nos hacía falta recurrir al extranjero si quisiéramos algún día poseer globos de mi sistema: tengo cedida, por contrato, a la sociedad «Astra» la explotación de mis patentes en todo el mundo menos en España, y nuestro Gobierno podrá, pues, si lo cree oportuno, construir libremente cuantos dirigibles «Torres Quevedo» necesite.

—Y de grandes obras, ¿no prepara usted nada?

—De «obras grandes» nada por ahora... Es decir, sí: estoy planeando el proyecto de un transbordador para viajeros por encima del Niágara. Tenemos la concesión obtenida y en breve comenzaré su estudio; pero todavía no tengo nada hecho.

D. Leonardo nos facilita algunos detalles interesantes acerca del emplazamiento y objeto de su futura obra que conducirá a los turistas sobre las aguas aún revueltas por los remolinos de las célebres cataratas. Una vez más tiene el genio que salir de la tierra española para manifestarse en todo su vigor.

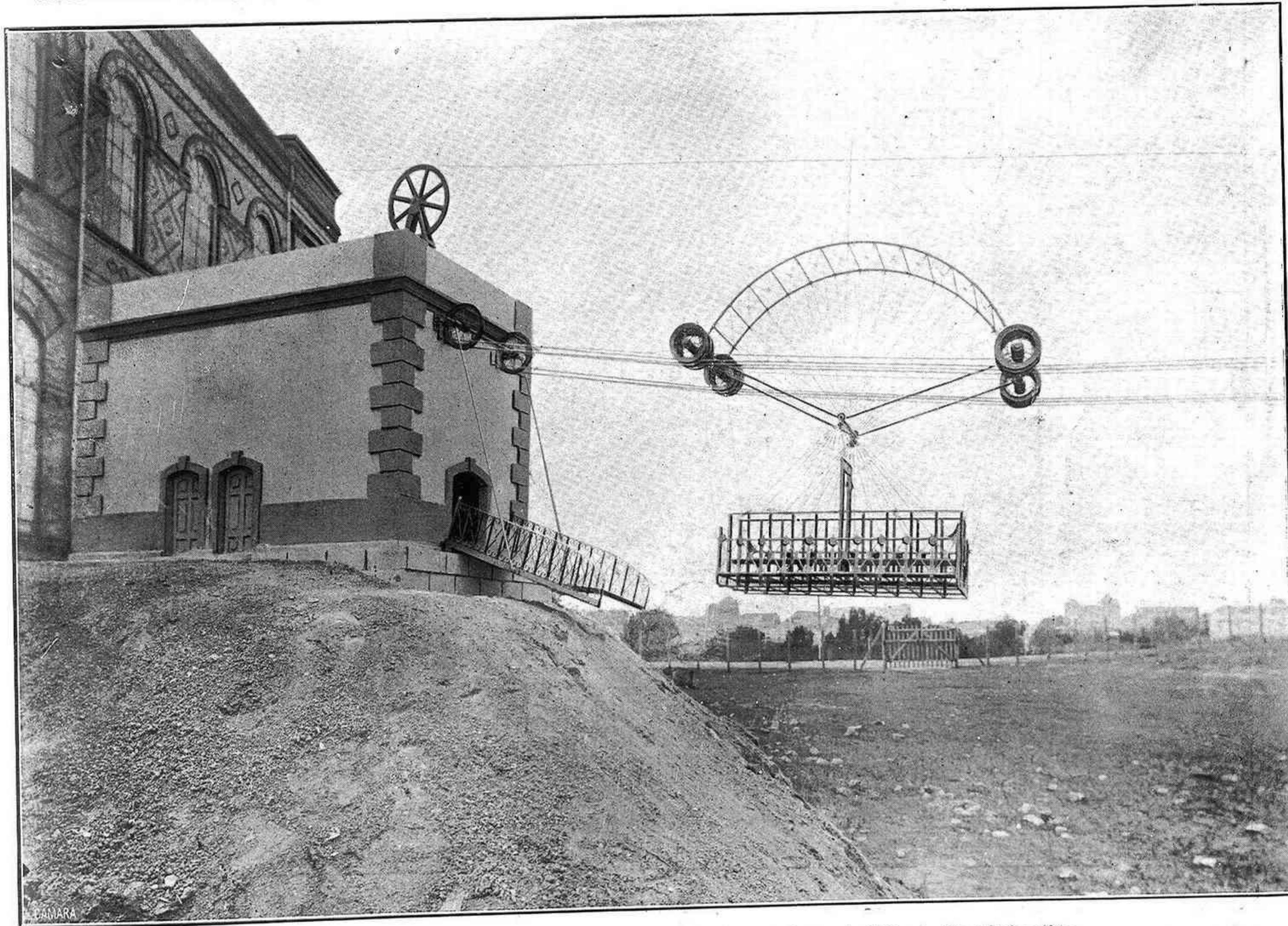
RICARDO DONOSO CORTÉS



El dirigible «Astra-Torres» construido para el Almirantazgo inglés, y de cuyo sistema se construyen cuatro unidades más por encargo de Francia

empaquetado y transportado cómodamente, lo que no puede hacerse con los rígidos, muchos de los cuales se han perdido por esta desventaja.

Don Leonardo, parco siempre en recordar sus triunfos personales, omite detalles de las felices pruebas llevadas a cabo con el dirigible de 7.500 metros cúbicos, ya construido, para el Almirantazgo inglés, así como del encargo hecho por Francia de dos colosales naves aéreas, cada una de las cuales debe desplazar 25.000. Sin embar-



El transbordador funicular Torres Quevedo instalado en el monte Ulía, de San Sebastián

ATE
BIBLIOTECA



En la enorme arena del "Olimpia", de Londres, se ha verificado, hace pocas semanas, una interesantísima fiesta militar. En ella tomaron parte algunos miles de soldados y oficiales ataviados a la romana, representando la escena histórica de la retirada de las legiones del Emperador Máximo de las famosas murallas de Adriano. La reconstitución, lo mismo por lo que se refiere a indumento que a los menores detalles del armamento y de la impedimenta legionaria, fué verdaderamente admirable, constituyendo una gran página educativa para el pueblo londinense

ESTUDIO
M. A. S. P. D.

LA EXPOSICIÓN
de BRIGHTON

LOS PINTORES ESPAÑOLES EN INGLATERRA



Vista de uno de los ángulos de la sala primera de la sección española, en la que se ven las obras de Moreno Carbonero, Benlliure, Benedito, Gonzalo Bilbao, Villegas, Jiménez Aranda y otros

EN Brighton, población hermosísima que se halla á una hora de distancia de Londres, playa de las más bellas del mundo, lugar predilecto de veraneo de la nación inglesa, es ahora acontecimiento de la *season* la Exposición de Pintura y Escultura Española abierta en el suntuoso edificio de las Bibliotecas, Museos y Exposiciones de la ciudad. Un espíritu exquisito, amante de la cultura, amplio por tanto y capaz de nobles orientaciones, ha hecho á España ese favor y preciso es rendirle aquí homenaje de gratitud. Sea el nombre del señor Henry D. Roberts, director de aquella institución y organizador y *alma mater* de la *Modern Spanish Art Exhibition*, el primero que figure y en puesto bien señalado, en estas líneas que el cronista está maltrazando.

Si no fuera por la tenacidad, por la constancia, por esa característica que ha permitido á los británicos construir este gran imperio, virtudes que en el Sr. Roberts se condensan y se manifiestan, la Exposición hubiera quedado en proyecto: nuestros artistas —triste es decirlo— solo ofrecían dificultades para enviar sus cuadros á Brighton, no obstante el cúmulo de seguridades y la serie de ventajas que les daba aquel Museo, apoyado eficazmente por el embajador de España en Londres Sr. D. Alfonso Merry del Val, el cual puede vanagloriarse de haber dado cima á esta obra patriótica de éxito tan grande como positivo.

Vea el lector por los datos que siguen, cómo es verdadero este éxito. La *Modern Spanish Art Exhibition* es el quinto certamen de arte extranjero que se celebra en Brighton. Desde hace un lustro viene organizándose anualmente una de estas exposiciones, y la francesa, la sueca, la dinamarquesa y la noruega, tal ha sido el orden de ellas hasta ahora, no han llegado á alcanzar la mitad siquiera de la acogida que los ingleses dispensan á la española: más de cinco

mil visitantes acuden semanalmente á las tres amplias salas que encierran los doscientos veintinueve trabajos que se ha logrado reunir. Y cuenta que aquel número es aún bien reducido, porque se forma solo de los habitantes de Brighton, ciudad que reune 132.000 almas; mas hay que tener en cuenta que la población se ve invadida desde ahora hasta fines de Septiembre, por 150.000 forasteros. Son, pues, otros tantos miles de visitantes más para la Exposición.



MR. HENRY D. ROBERTS
Director del Museo de Brighton y organizador de la Exposición de Arte Español que se celebra en dicha ciudad inglesa

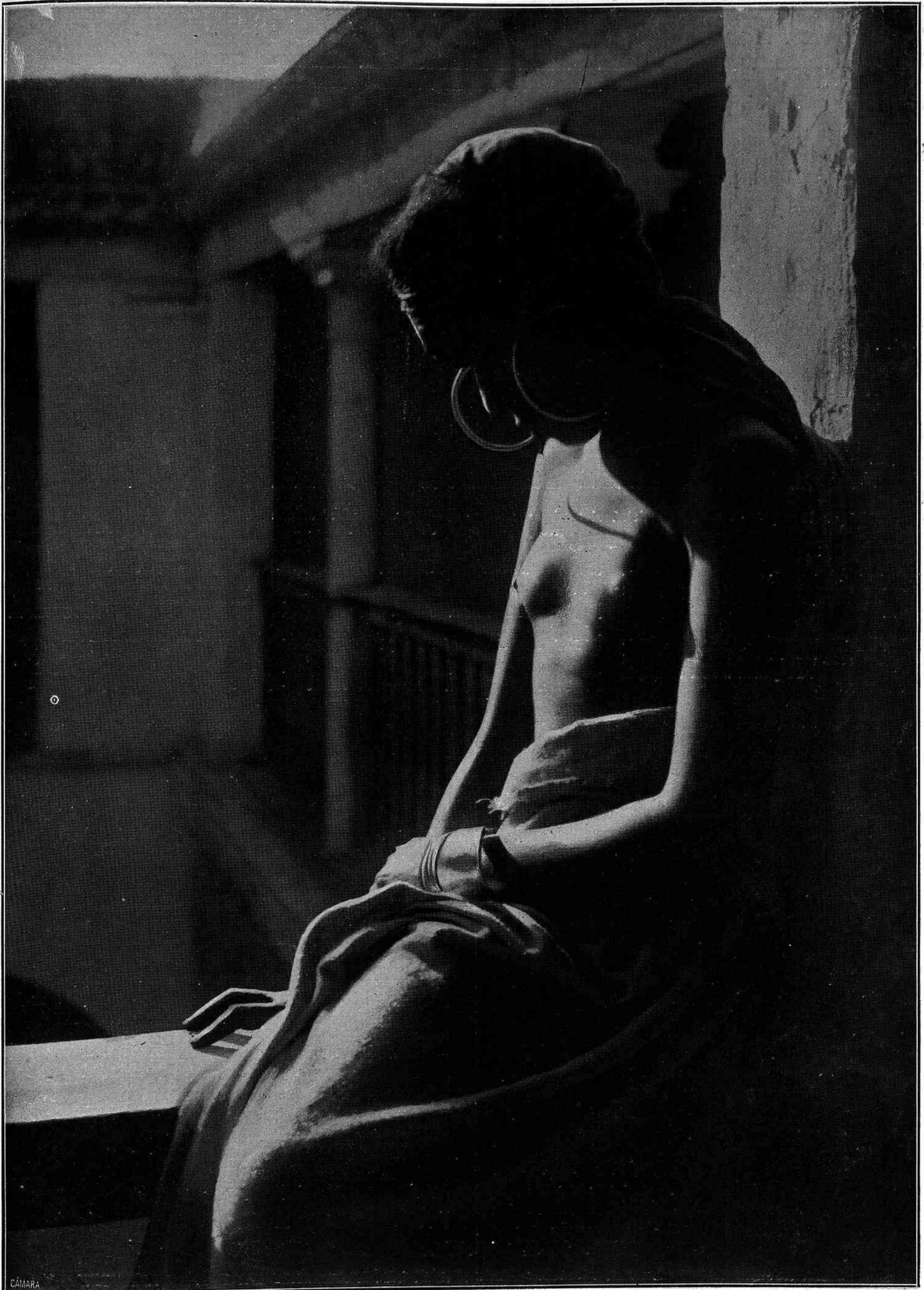
Mucha gente que no sabía antes del arte español contemporáneo, conocerá de aquí en adelante algo, bastante de ese arte. Esta Exposición reúne todas las escuelas que en nuestra Patria se manifiestan ahora en pintura y escultura, y el visitante puede estudiar las obras de Sorolla, Moreno Carbonero, Villegas, Federico de Madrazo, Gonzalo Bilbao, Muñoz Degraín, Garnelo, Plá, Alejandro Ferrant, Roberto Domingo, Jiménez Aranda, Rusiñol, Martínez Abades, Aureliano de Beruete, Ramón Casas, Mafrén, Benlliure y otros cien nombres ilustres.

A la admiración, á la mejor contemplación de esas obras, todo ayuda en la Exposición de Brighton: el ambiente que en el edificio se respira, la admirable distribución de las obras, y, lo que está por encima de todo y es condición esencial en esta clase de certámenes, una instalación hecha á conciencia, inteligentísima, con perfecto conocimiento de las condiciones de cada cuadro, tal que ni el más exigente—y esta no es frase hecha—de los artistas podría ponerla un *pero*. Dicho queda cómo es de cultivado el espíritu del señor Roberts, y esa es la garantía que nuestros pintores tienen en su favor.

Maravilla, en efecto, que una población de 132.000 almas cuente los elementos de cultura que Brighton. Este edificio donde nuestra Exposición se encierra, honraría á Madrid, á Barcelona, y es sólo un Museo provincial.

LA ESFERA

TIPOS Y ESCENAS ÁRABES



LA ESCLAVA

CÁMARA

BIBLIOTECA DE LA ESFERA

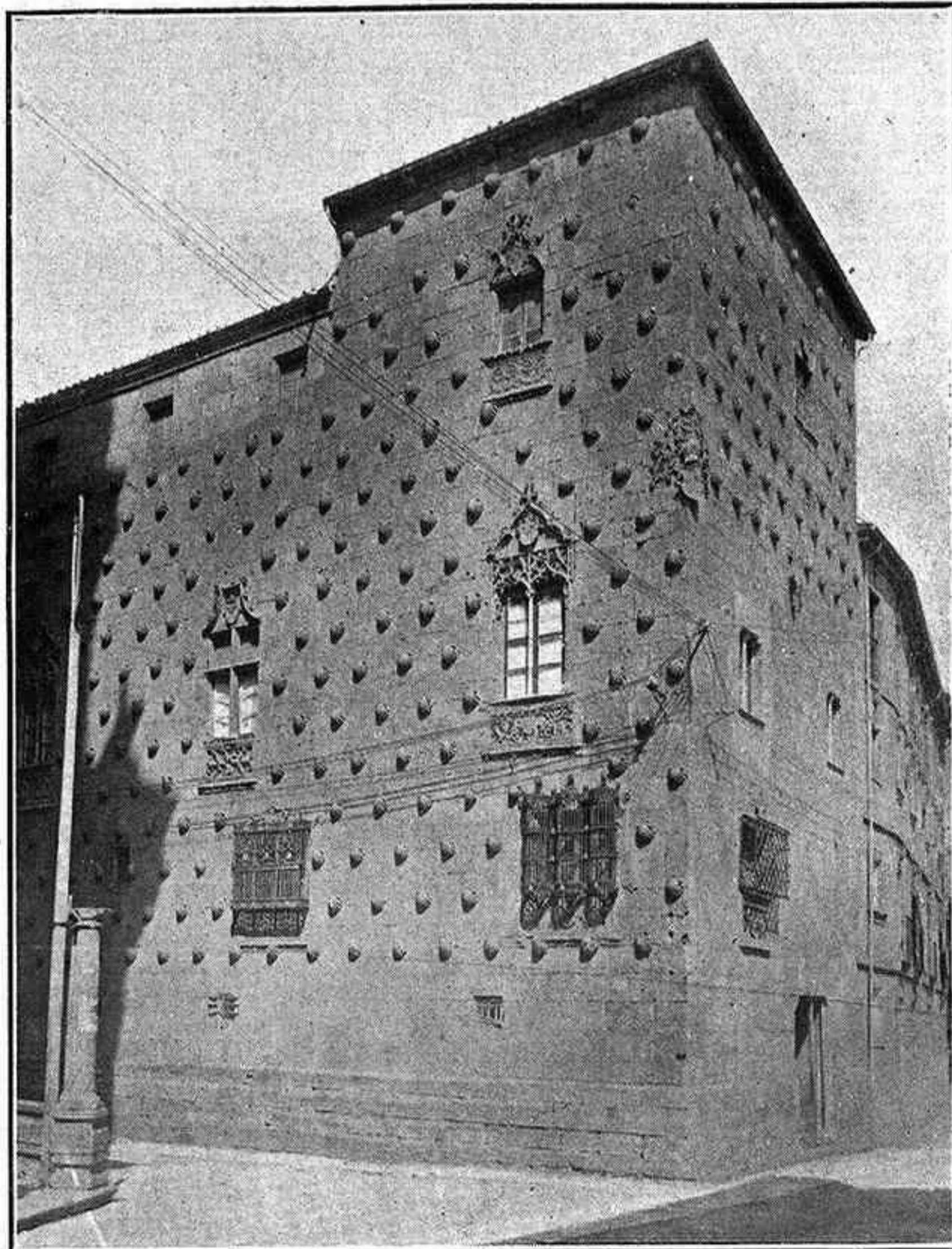
SALAMANCA MONUMENTAL

LA CASA DE LAS CONCHAS

EN una angosta y torcida calle de aspecto romántico y melancólico, ornada por todas partes con blasones nobiliarios y magníficas portadas de la Edad Media, encuéntrase la famosa «Casa de las Conchas». Sus robustos y altos muros, el torreón que se levanta en forma de atalaya y las escasas ventanas y recias puertas, recuerdan tiempos de guerra en que todavía no se tenía formada una idea completa de la paz. Las conchas y los signos religiosos son el mejor testimonio de la religiosidad de aquellos valientes caballeros. Los frecuentes escudos revelan la idea que tenían de su nobleza de sangre y todo el edificio expresa la grandeza de un poderoso de la tierra.

Se construyó esta casa en el año 1512 en la calle de la Rua, frente al Colegio de Jesuitas, y cuéntase que éstos ofrecieron una onza de oro por cada concha de sus fachadas, con objeto de demoler la casa, como habían hecho con dos iglesias y tres manzanas de casas para hacer mayor su residencia. Felizmente para el arte no consiguieron su objeto y podemos contar con esa joya artística que perteneció en sus primeros tiempos á la familia de los Maldonados, Sres. de Barbalos, heredada después por el Marqués de Valdecarzana y en la actualidad propiedad del Conde de Santa Coloma.

Las conchas que adornan este edificio, demuestran que el que lo mandó construir era Caballero de Santiago y debió hacer voto de ir en peregrinación á Compostela.



Vista de la casa de las Conchas

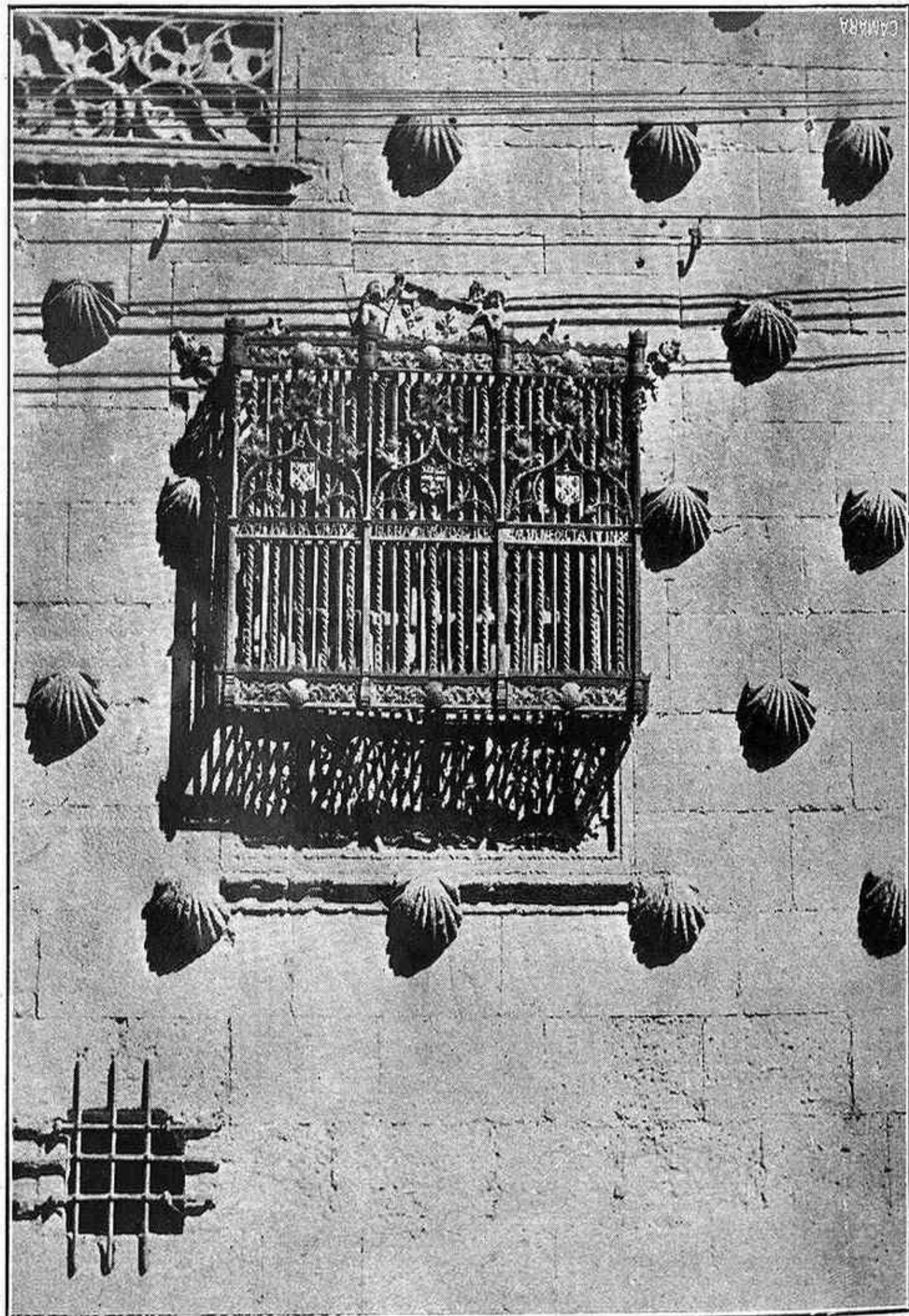
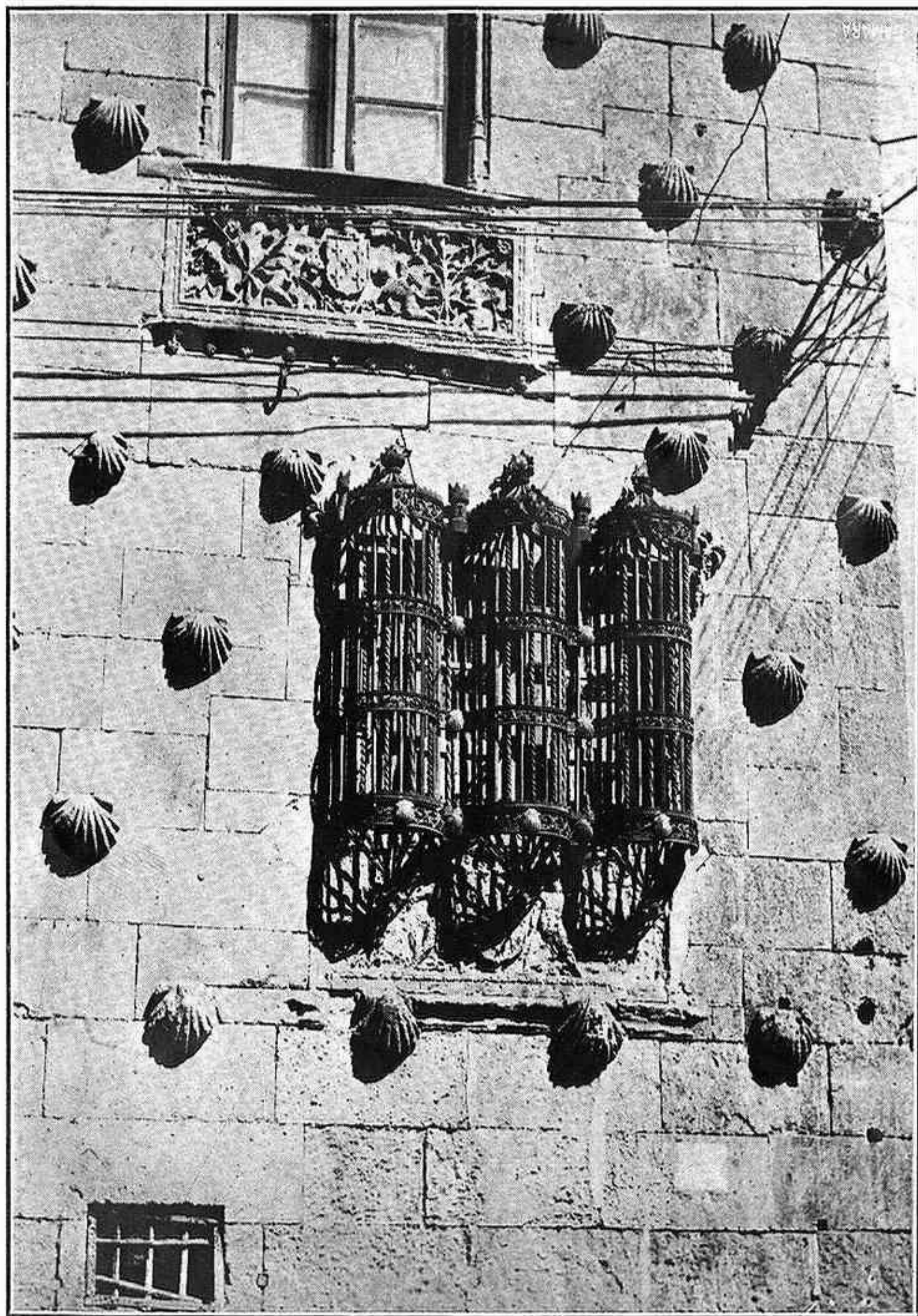
En esta casa de estilo gótico decadente hay que admirar las cuatro ventanas que interrumpen la planicie de las paredes; dos de ellas parecidas á ajimeces árabes y dos en forma de cruz. En el piso bajo son dignas de especial mención las magníficas rejas de sus ventanas, de que nos dan completa idea las fotografías que aquí insertamos.

El patio de este edificio es de estilo mixto gótico y mudéjar, pues si bien en las líneas generales predomina el estilo mudéjar, más que otra cosa las ventanas y demás pormenores son más bien góticos, causando verdadero asombro la proligidad y esmero en la ejecución de los detalles.

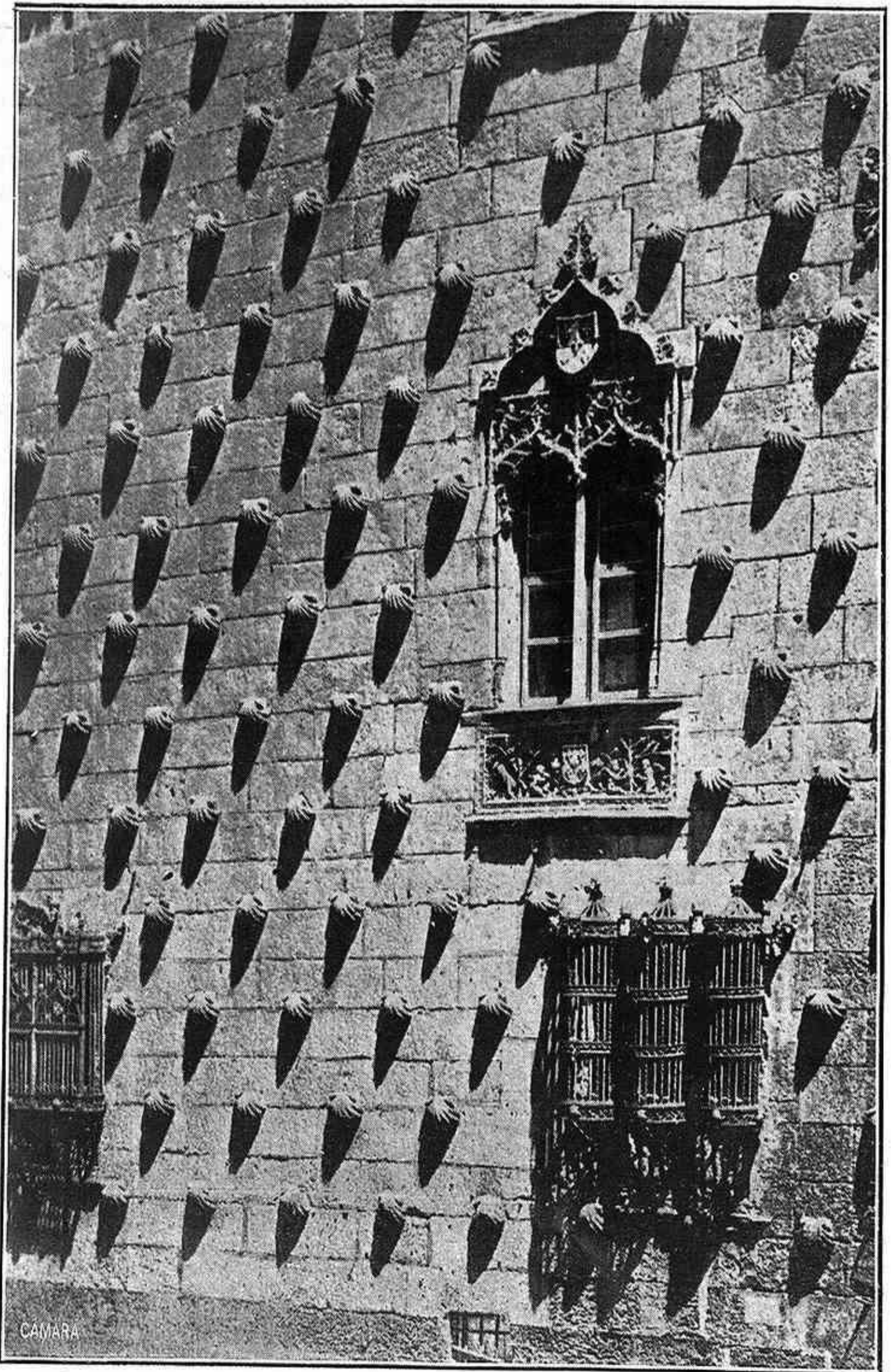
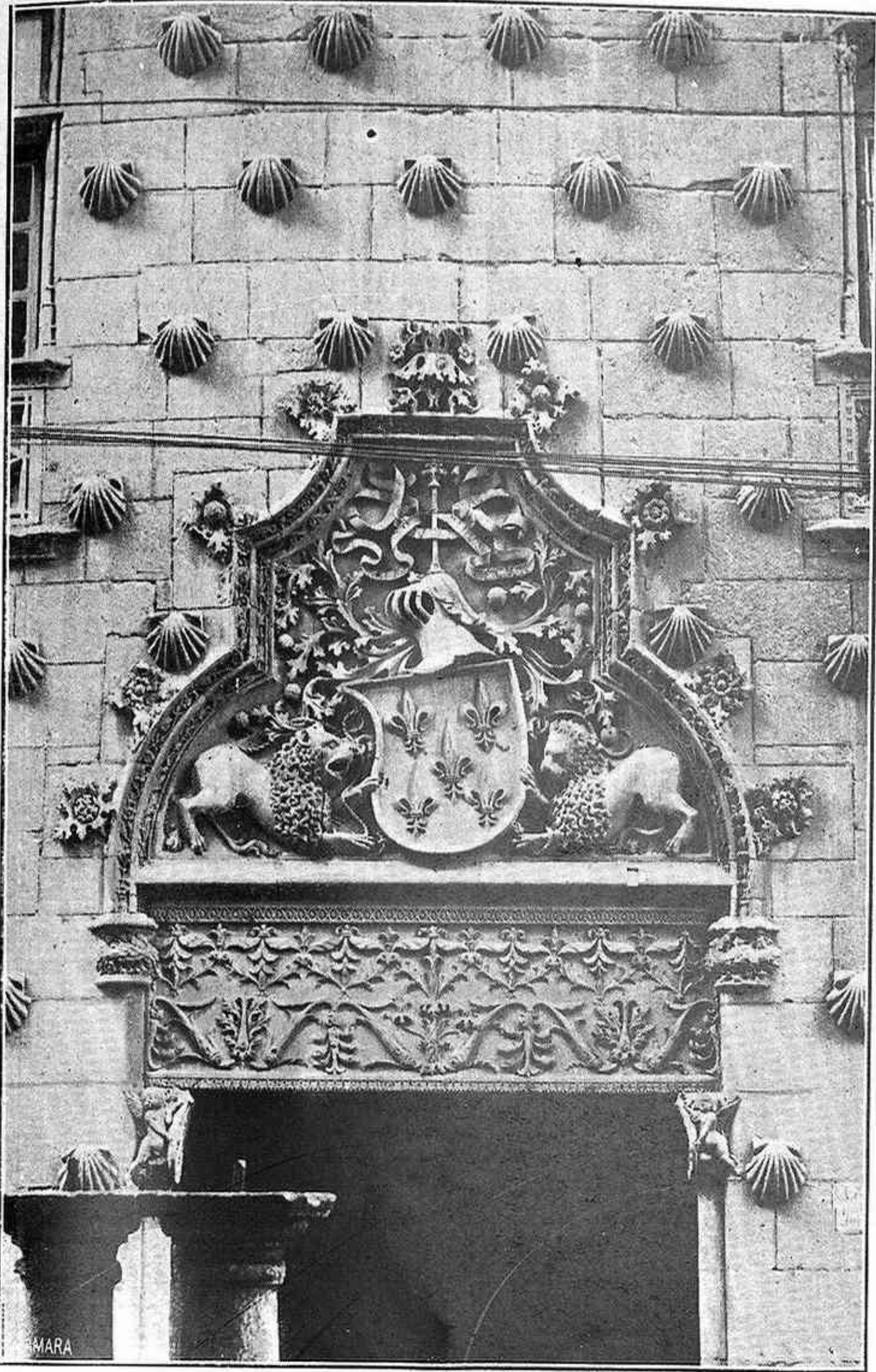
El portal tiene ancho arquivado, bordado de ramaje y en él campea el escudo de cinco lises de los Maldonados, á cuya familia perteneció D. Pedro Pimentel, degollado por Comunero.

Es, en suma, este hermoso monumento, uno de los más bellos y característicos ostentados con noble orgullo por «Atenas la Chica» y digno de una detenida visita. Las estancias del soberbio palacio, que seguramente debieron corresponder en magnificencia con el exterior, con el admirable patio y con la hermosísima escalera dominada por artístico artesonado, fueron en diversas épocas modernizadas y desfiguradas, no quedando de aquella grandeza ni el más leve vestigio, lo que es bien de lamentar, pues sin duda el arte mudéjar debió tener allí buena representación.

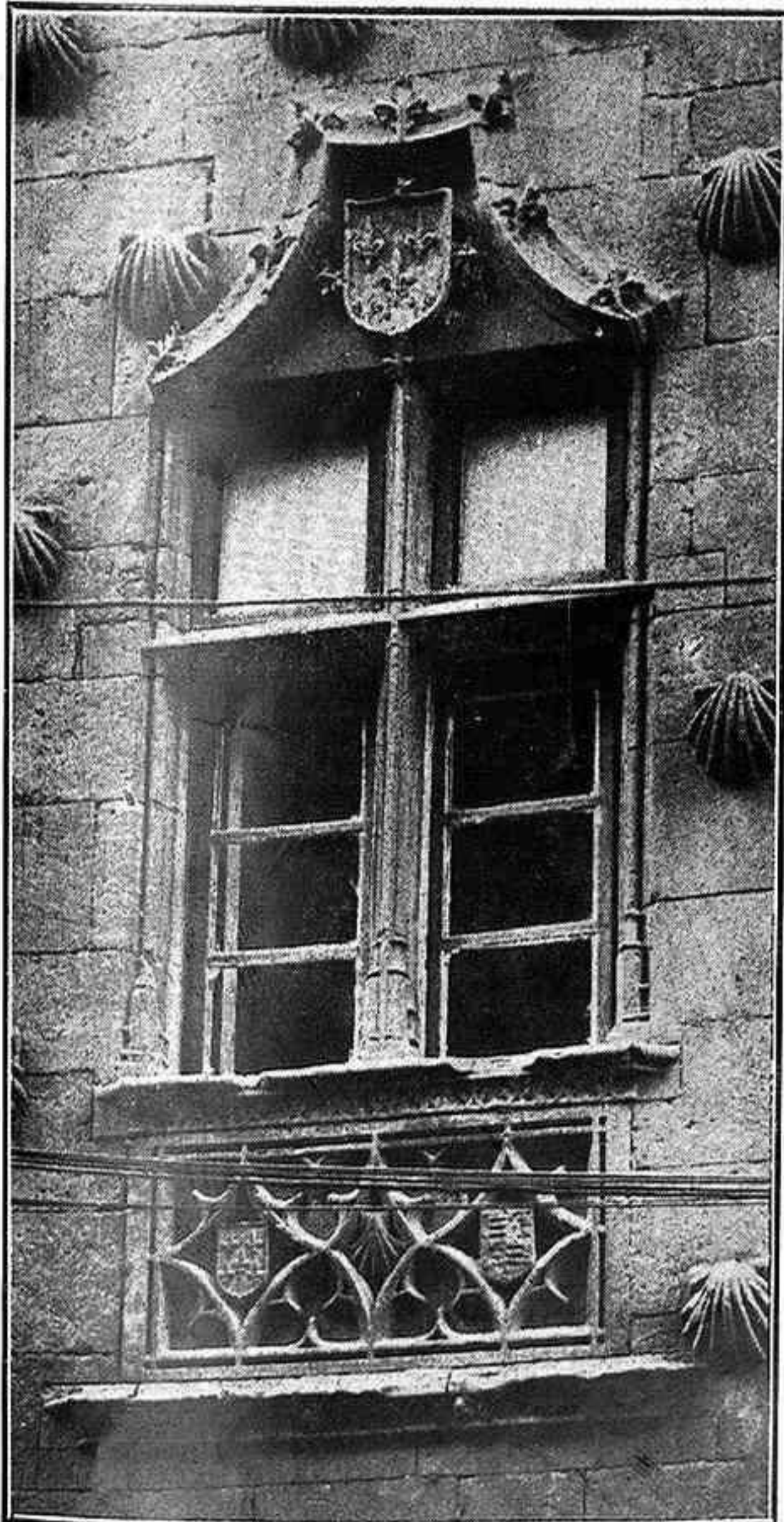
José BORRELL



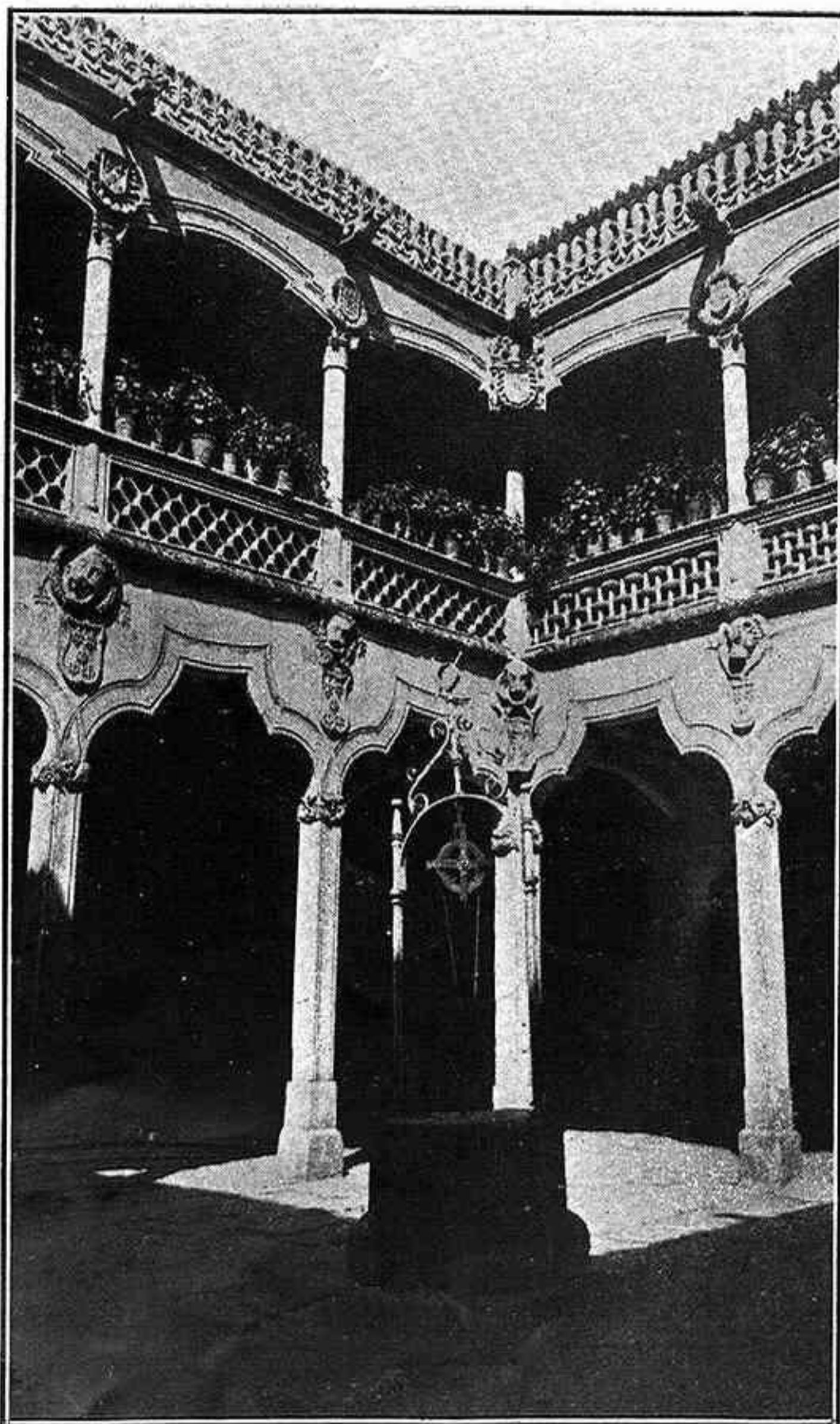
Detalles de la fachada de la casa de las Conchas



Detalles de la puerta principal y de la fachada de la casa de las Conchas, pudiendo verse sobre el ancho architrabe bordado de ramaje el escudo de cinco lises de la muy ilustre casa de los Maldonados



Balcón de la casa de las Conchas



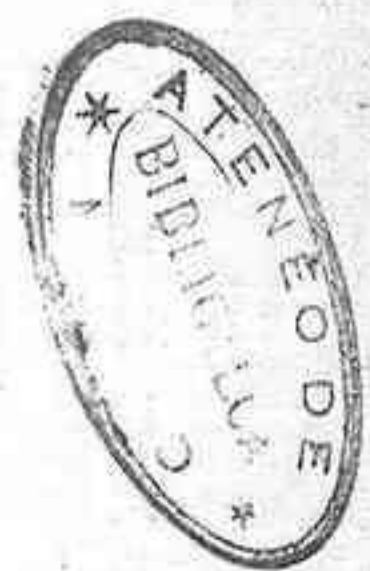
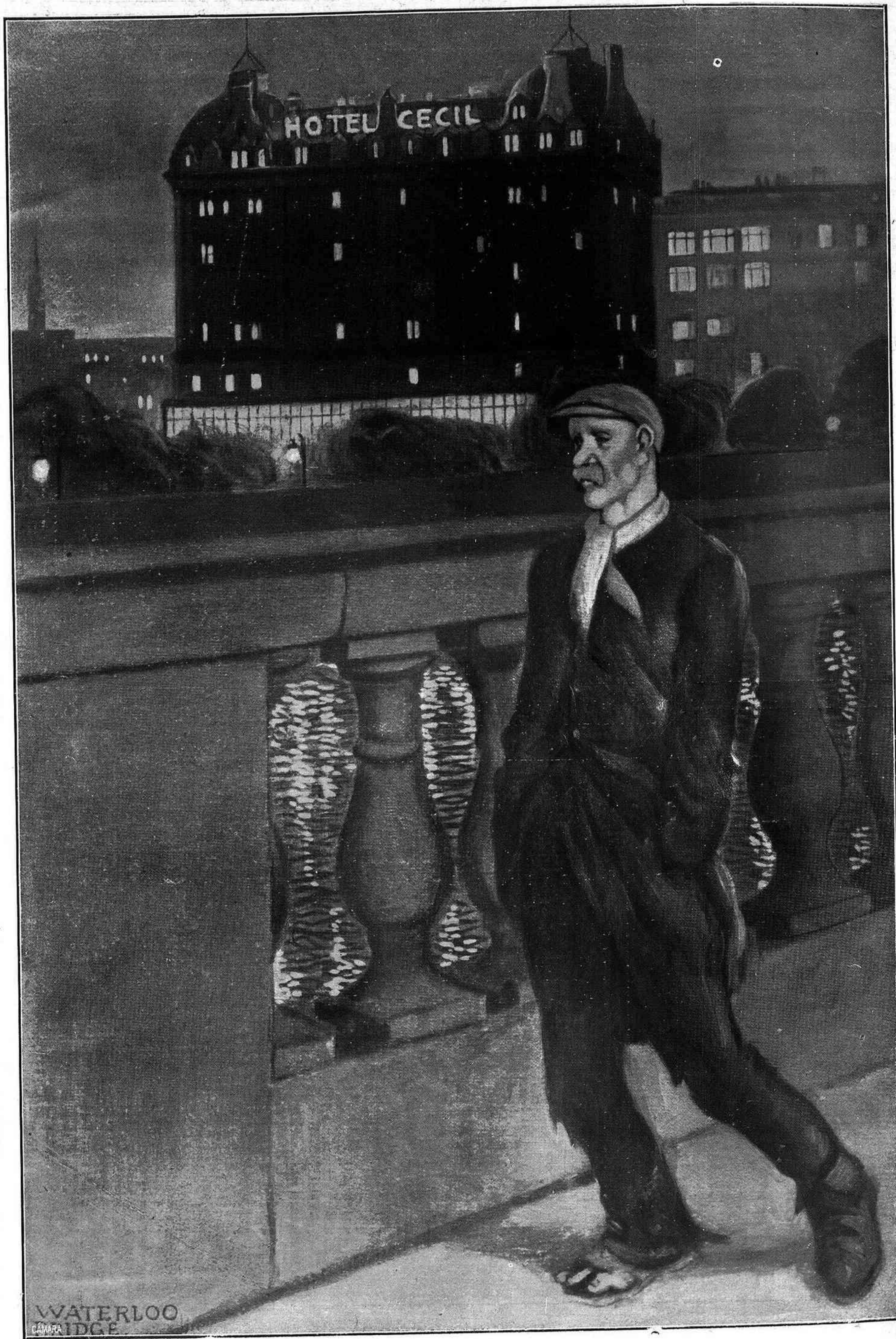
El patio de la casa de las Conchas
POTS. BORRELL



Balcón de la casa de las Conchas

LA ESFERA

TIPOS INGLESES

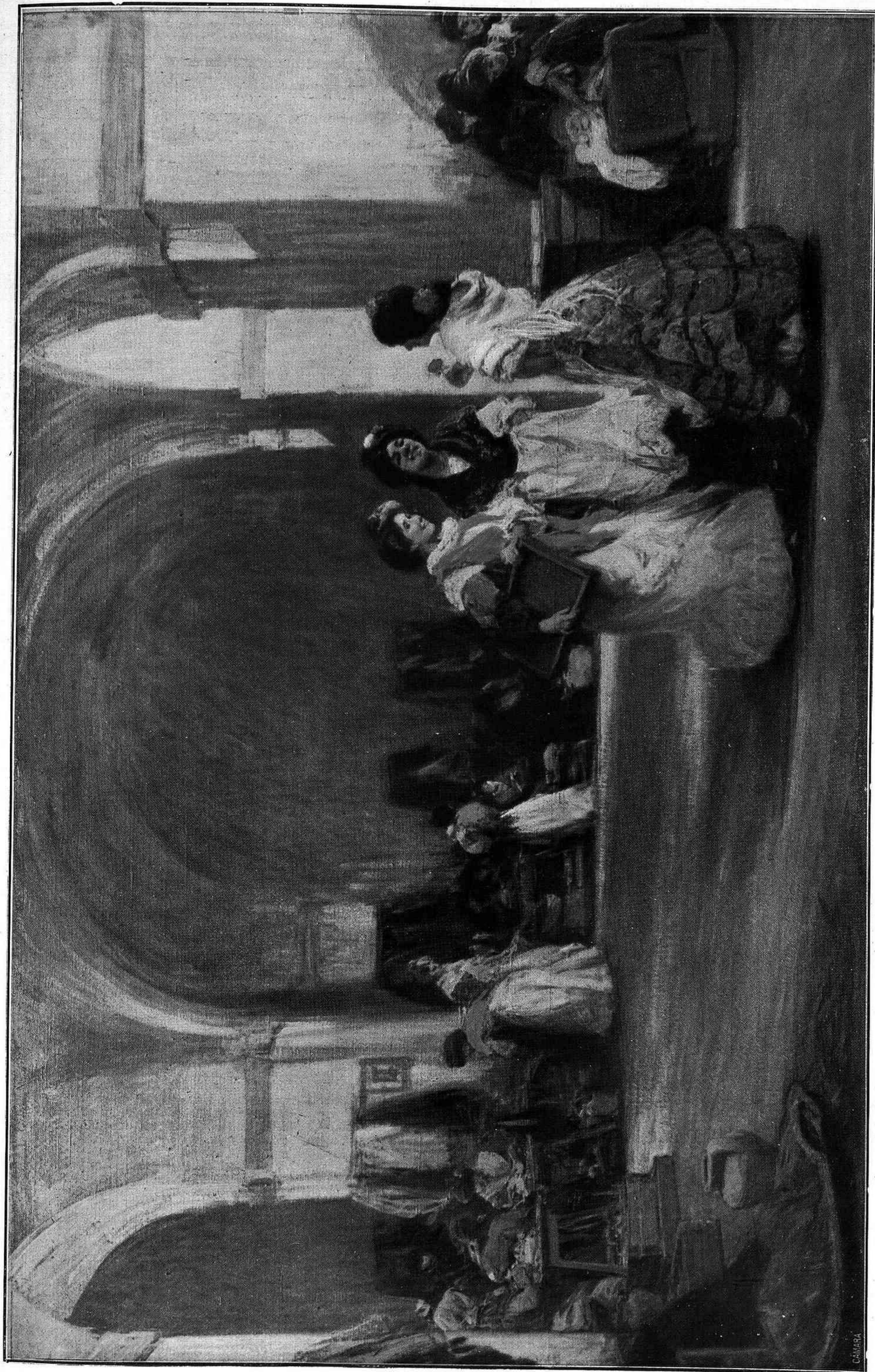


WATERLOO
CAMERA
BRIDGE

DEL HAMPA

Cuadro del ilustre pintor español Francisco Sanja

LA ESFERA



UNA SALA DE LA FÁBRICA DE TABACOS DE SEVILLA

Cuadro de Gonzalo Bilbao



CAMARA

UN RINCÓN DE HISTORIA LITERARIA
LA PASIÓN DE BOCCACIO



BOCCACIO

MARÍA de Aquino, la graciosa y gentil dama, immortalizada por Boccaccio en sus novelas y poesías, en *El Filocolo*, *El Filostrato*, *El Ameto* y *La Amorosa Visione*, con el dulce nombre de Fiammetta, era hija ilegítima del Rey Roberto, que la había tenido poco después de su coronación, hacia 1311 ó 1312, con una gran dama de su corte, una noble francesa casada con un miembro de la familia de Aquino.

Un crítico francés acaba de publicar un interesante volumen sobre Boccaccio, y en él afirma, textualmente, que la identidad de esta dama aún no ha podido ser comprobada. «*Sur l'identité de laquelle continue à planer malgré tous les efforts un irritant mystère*,» (Henri Hawette. *Boccaccio: Etude biographique et littéraire*, capítulo II, pág. 44. Librairie Armand Colin, París, 1914).

Si aceptamos—provisionalmente, al menos—su existencia, aceptemos lo que es más interesante; la poética y encantadora leyenda de su enamoramiento. Un enamoramiento digno de un poeta meridional, un enamoramiento con todos los requisitos poéticos del caso, un enamoramiento como el de Fernando de Herrera ante doña Leonor de Gelves, como el de cualquiera de estos poetas del Mediodía, caldeados por la imaginación y por el Sol...

Si Petrarca conoció á su Laura en la iglesia de Santa Clara de Avignon un día de Viernes Santo, Boccaccio conoció á su María en una mañana de Sábado Santo en la iglesia de San Lorenzo, en Nápoles. ¡Días igualmente sagrados y poéticos!... Parece que los poetas meridionales y latinos—italianos y españoles—están des-

tinados á este género de pasiones irreprimibles y violentas...

Un erudito yanqui, con una sagacidad y una minuciosidad verdaderamente admirables, ha tenido un gran empeño en averiguar cual año correspondía á la ambigua frase usada por Boccaccio en el *Filocolo* y en el *Ameto*: que el sol había llegado al grado décimosexto del signo Aries...

«*Avenne che un giorno, la cui primà ora Saturno avea signoregiata, essendo già Febo co'suoi cavalli al sedecimo grado del celestiale Muttone pervenuto...*» (*Filocolo*, pags. 1-9. Edición Moutier, *Opere Volgari*, vol. VII. Firenze, 1829).

¿Hay modo más elegante y culto—en el sentido de escuela literaria que en mi intención tiene la palabra—para decir esto, que el empleado por Boccaccio?... «Sucedió que un día cuya primera hora había señoreado Saturno, saliendo ya Febo con sus caballos, llegando al décimo sexto grado del celestial carnero»... Estas perfrasis un poco gongorinas ¿no son la concreción de un espíritu depurado y selecto?... Y hay quien niega que el conceptismo sea una de las fórmulas literarias más acabadas y en último análisis el fruto maduro de una cultura completa... Sólo quienes no conocen el gongorismo y el conceptismo más que de oídas, pueden no opinar así... Boccaccio en los dos párrafos presagiaba al caballero Marini y era un prenuncio y heraldo de la escuela equivalente del gongorismo en Italia...

Sigamos con la ocasión memorable del enamoramiento de Boccaccio. En ese Sábado Santo, según el poeta (comenta el erudito yanqui Wilkins)

el sol había llegado al grado décimosexto del signo Aries. El enamoramiento, real ó ficticio, cae, pues, dentro del periodo de 1331 á 1338. El Sábado Santo dentro de ese periodo cayó en las siguientes fechas: 26 de Marzo (1334), 30 de Marzo (1331 y 1336), 3 de Abril (1333), 11 de Abril (1338), 15 de Abril (1335), 18 de Abril (1332) y 19 de Abril (1337). Mis conclusiones, con respecto al enamoramiento de Boccaccio son, por consiguiente, que su amor comenzó probablemente, aunque no de cierto (*began probably, though not certainly*) en un servicio divino—¡oh, cómo Wilkins rememora sin querer la terminología eclesiástica protestante!—del Sábado Santo en la iglesia de San Lorenzo y que la fecha á que va asociado su enamoramiento fué probablemente, aunque no de modo cierto tampoco, la del 30 de Marzo de 1336. (Ernest H. Wilkins: *The Enamorment of Boccaccio*, en el *Modern Philology. A Quarterly Journal devoted to Research in Modern Languages and Literature*, volumen XI, número 1, Julio 1913; Chicago, U. S. A.)

He aquí, pues, cómo se trabaja en investigación de puntos oscuros de historia literaria en Norte-América, ese país que nosotros sólo concebimos para mansión de espíritus positivistas y rastreros, y cómo la fijación de la fecha de un amor de poeta, que parecerá asunto baladí y liviano á los hombres graves, puede apasionar, después de seis siglos, á uno de estos admirables benedictinos laicos, que se llaman eruditos, y que son la flor más fina, si no la más lozana, de la cultura moderna.

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO



NUESTRAS VISITAS

EN EL BARRIO "CAÑÍ"

CAMPÚA y yo hicimos nuestra aparición en la mismísima calle de las Cambronerías.

Nuestra indumentaria no podía ser más fantástica: Terno viejo con algún agujero que otro, de pantalones abotinados, gorra de visera, botas *distraídas* y el clásico pañuelo de seda, de argolla en nuestro cuello sobre la misma camiseta. Los cabellos nos los habíamos traído hacia la frente y sobre las mejillas en forma de *persianas*. Algún tiznón que otro daba una impresión triste de nuestro aseo.

—Buenos días, buen amigo—le dijimos á un hombre con blusa, que había recostado sobre el quicio de una taberna, á la entrada de la calle—. Por casualidad ¿sabe usted si anda por aquí un gitano que se llama *El Candilón*?

—¿*El Candilón*?—repuso entre pensativo y preocupado de nuestra presencia—. ¿Será *El Chindilón*?

—¡El mismo!—exclamé yo recordando bien el apodo de mi amigo.

—Pues ese vive en la casa de enfrente—contestó señalándonos la puerta casi derrumbada de un corralón—. Es el jefe de todos los gitanos de aquí. Qué, ¿vienen ustedes á merca algún burro?

—No, señor; venimos á echar un rato con él... Se trata de un amigo. Vaya, muchas gracias y adiós.

Con jacarandosos andares atravesamos la calle, desempedrada, sin aceras, llena de montones de guijarros; por algunos sitios, alfombrada con verdín, y penetramos en la casa indicada.

El espectáculo que se ofreció á nuestra vista no podía ser más pintoresco. El recinto es un buen cacho de campo cercado por un lado con una valla de latas, maderas y pedazos de esteras. Al otro, y en el fondo, se levanta un mura-

llón resquebrajado y ruinoso, resto de lo que en algún tiempo debió de ser modesta casa de vecinos. En las paredes del murallón quedan los huecos, sin puertas, de las que fueron habitaciones. Empotrada en esta pared, á la altura de un primer piso, hay un corredor de madera al cual se sube por unos carcomidos escalones de yeso; también á lo largo de este corredor se extienden varios huecos que los gitanos utilizan para vivienda.

El suelo del corralón aparecía plagado de gitanos y gitanas de todas las edades. Los chicos y las mujeres estaban, en su mayoría, sentados y tendidos en la misma tierra... Muchas de ellas guisaban sobre una hoguera de tizos á la puerta de su aduar, con el hijo de pocos años colgado de la espalda. Otras tejían cestas y canastas. Un gran grupo de gitanos, todos provistos de sus varas de fresno, rodeaban á un jumento flaco

CÁMARA

como una sierra... Allá en el fondo, en un rincón, otros dos esquilaban una mula. Una gitana bellísima, sentada en un banquillo, era peinada por otra muy vieja y andrajosa. La gritería de los numerosos chicos que jugaban con perros era ensordecedora. Los había de todas las edades; también había bonitas zagalonas de quince años, pero todos sucios, muy sucios y descalzos; muchos, completamente desnudos. La trágica miseria que rodea á esos pobres errantes es espantosa, pero ellos, inconscientes, en medio de su podredumbre rien, cantan, bailan, maldicen, chillan, lloran...

—¡Por tus muertos, mare! ¡Dáme pan!

La algarabía se suspendió un instante con nuestra presencia. Nosotros nos dirigimos á una gitana vieja, de pelo gris, que con una mano se coscaba y con la otra asaba unos pimientos.

—¡Buenos días!—la saludamos.

—¡Güeno *chiveses*, bigotíyo!

—Vamos á ver. ¿Podrías decirme si vive aquí *El Chindilón*?...

—Zí, zeñó. ¡Por vía é Dió, zi é nuestro jefe! Entoavía *ezfá* durmiendo, porque anoche vino *molalo* perdío.

—Oye, ¿y qué es eso de *molalo*?—preguntó Campúa.

—¿Qu'ha de zer, *payo gilí*? ¡*Curdela*, borrachoj! Voy á por é.

Y diciendo ésto, la gitana se levantó y penetró en una de las chozas. Desde fuera, vimos que en el suelo, sobre unos jergones, dormía nuestro amigo; á los pies de su camastro comían alfalfa un par de jumentos. Esta triste alcoba estaba llena de estiércol. La vieja gitana se acercó al oído de *El Chindilón* y éste se incorporó sobresaltado; por una de las rejas nos examinó atentamente y al reconocerme á mí, á su antiguo amigo, de un salto vino en mangas de camisa á nuestro encuentro.

—¡Zeñorito!—gritó abrazándome. —*Chindilón*, no me llares por mi nombre ni me digas señorito—le advertí misteriosamente.

—¿Pue qu'ocurre? ¿Le paza á ozté argo? ¿Nesezita ozté de mí? Ya sabe ozté que no tié conmigo ma qu'abrí la *muy* y zi jay que roar ze ruela, y zi jay que morí muerro, y zi jay que matá mato. *El Chindi-*



Los gitanos del barrio de las Cambronerías rodeando á nuestros redactores

lón é agradesío y no pue orviá qu'a ozté le debe zu vía.

—Bien, *Chindilón*, no hablemos de eso—excusé—. Vamos á nuestro asunto. Me han dicho que tú eres ahora el jefe de esta gente...

—¡Yo mezmo! ¡Zeñó Jozé! Y lo qu'a ozté ze l'apetezca no tié ma qu'abrir zu boca, cañí. ¡Por miz muerro que toz ez tamo pa zerví á ozté.

—Te he dicho que no me nombres. Llámame «El Audaz».

—Ze m'había orviao. Anzi le llamaré.

—Pues mira,—expliqué—yo no vengo más que á que este amigo haga unas fotografías y á char-

segura. ¿Cómo?... El y yo lo sabemos...

—¿Y tu mujer, *Chindilón*?—inquirí.

—Pue *currelando* pa *jalar*.—Y dirijiéndose á un grupo de gitanas, gritó: —¡Anguztía, Anguztía! Ven p'acá.

Angustias, que es una gitana preciosa, dejó la canasta que estaba tejiendo y se acercó á nosotros.

—¡Ezte é er zeñó que tú zabe, Anguztía!—le advirtió *El Chindilón* al oído.

—¡Jozú! ¡Tan zegura tuviá yo la groria como tenía er que te iba á conozé! ¡Qu'er Zeñó der sielo te bendiga con la do mano, güen mozo!

Y después de varias exclamaciones más, besó nuestras manos la fragante gitana.

El respeto y cariño con que nos trataba el jefe de los *cañís*, llamó la atención á todos los demás que nos fueron rodeando en silencio.

—¡Cuéntame, *Chindilón*! ¿Qué vida haces?—le pregunté.

—¡Pue ya pue vé! ¡Viviendo aquí como una mala bestia!

—¿A qué hora os levantáis?

—Zegún; zi no tenemo conzejo de ministro, mo dan la dié en la *piltra*.

—Y ¿de qué vivís?

—D'engañá á lo *payoz*... Nuestra *romis* diciéndole la *güenaventura*, y nozotro jaziendo *emburreos* y tratando ganao.

—¿Qué es hacer *emburreos*?

—Meté un rucho malo por güeno.

—Alguno de vosotros no tendrá que comer muchos días, ¿verdad?



Una gitanilla bailando el garrotín

—Zi. Pero aquí no ze quea naide zin *jamá*; mientras un *cañí* tenga un peazo é pan, tié la obligación de partirlo con er que no lo tenga. Un zupóné: Yo joy no he jecho ná en er mercao, y á la güerta me aserco á otro *cañí* que tié *monises* y le digo: «Oye, *cañí*, *endiñame jayere pa jalá que mangue te lo apoquinará*». Zi er gitano me lo dá, ze lo pago endizpué, pero zi no, entre tó le pintamo un *jeribeque* en la *jeró*.

Como advirtiera nuestra cara de sorpresa, conf. nuó:

—¡Vamo! Que ze le da en la cara con la jerramienta.

Y el jefe de los gitanos, sacando su enorme faca, describió un zig-zag trágico en el aire.

—Y dime: ¿es verdad que cuando muere un gitano ballais á su alrededor?

—¡Ezo é mentira! Cuando la *diña* un gitano ze llora porque se ziente al igual d'oztede.

—¿Y los casamientos, cómo son?

—Ezo varía. Zi á un gitanillo le *pesquiva* una gitanilla, ézte ze lo debe desí á su pare. Su pare entonse le habla ar de la gitanilla y le dice: «Tu

—Ná, arzolutamente ná. Pero no tenga ozté cudiao de que un gitano abandone á zu gitana.

—¿Por qué?

—Porque entre los demás le majamo á palo.

—¿Y si ella se queda viuda?

—La que pierde á zu hombre tié que dir de luto toa zu vía. No pué comé má que bacalao y zardina y no ha de cazarze con otro denguno, ni pué cantá nunca, ni nozotro á la vera de ella. Es desir, zi ella paza y estamo metío en juerga, moz cayamo y golvemo la guitarra p'abajo jazta que ya ha pazao.

—¿Y si ella no se amolda á ésto y canta, y se casa con otro ó come carne?

—¡Cá; no pué zé; ezo no lo jase denguna *zincalli*. El otro día, zin ir má lejo, oimo cantando á una que ze le murió er marío jase dié años y le arrancamo á cacho er traje de luto y la echamo de la tribu.

—Y una gitana, ¿se puede casar con un *payo*?

—Ni cazá, ni tené ná que vé con er; pué á eza la matamo.

Los ojos de *El Chindilón* brillaron ferozmente.

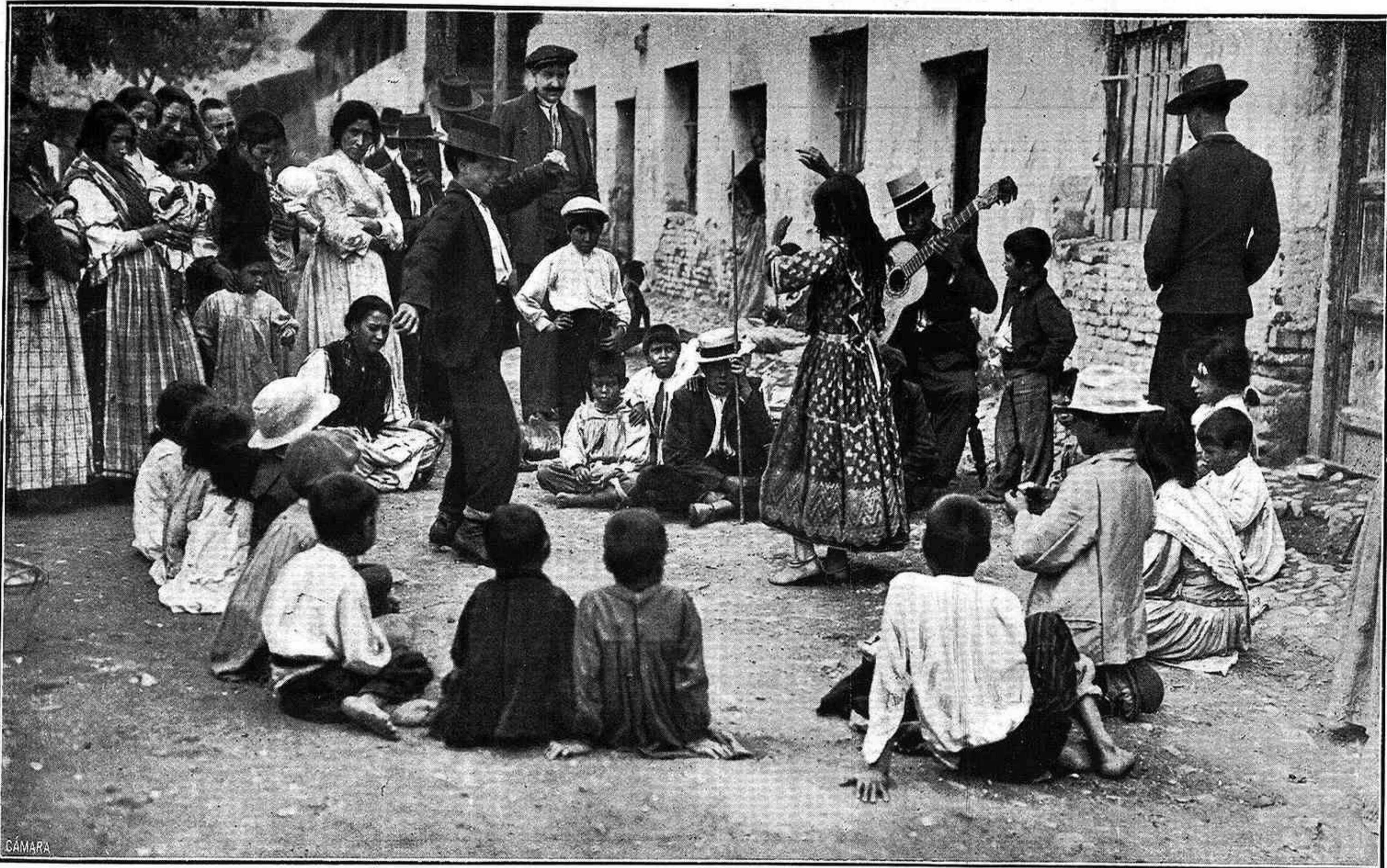
—Tengo treinta y do. Pué eza churumbela—prosiguió refiriéndose á la gitanilla—tié zu lengua bendita por un *divé*. Asierta tó.

—¿Quié que te la diga, bigotiyó? Que voy adiviná quién te quiere y cómo ze yama, y te voy adiviná un amigo que ze trata por amigo y é'un farzo y un contrarió pa tí, y te voy á desí una mujé que s'ha queao zuzpirando por tu prezona y er penzamiento que tié pa tí. ¡Deja que te la diga, rezalao, que toito te lo voy adiviná! Si no t'asierto la mujé que te quiere y cómo ze yama, no me dá ná. ¿Te la digo?...

—Sí, gitanilla preciosa,—le contesté yo encantado de su gracilidad,—pero primero á este señor,—y le señalé á Campúa.

Entonces ella, cogiendo una mano de mi compañero, comenzó con gracioso acento de profecía á decirle la buenaventura.

—Mira, te daré una blanca si te sientas en ese carro para que te haga un retrato—le propuso Campúa cuando terminó su oráculo, al mismo tiempo que le indicaba un carrito de mano, de los usados por los albañiles.



Una juerga gitana en las Cambroneras

chavorrilla s'ha colao dentro del *garlochi* de mi *chavorrillo*. ¿Quié *diñázel* pa toa la vía?»

—Oye, ¿qué es el *garlochi*?

—¡Er corasón! y *diñázel*, *dázel*. Güeno: que er pare es conzentior, la coza varía: ze jazen novio y ya aquella gitanilla ez zagrá pa lo demás gitanillo; que no ez conzentior, ze le arvierte que la muchacha ze va á dir con el chaval y cuando tienen el premizo der jefe, que zoy yo, pué ze la *guillan*.

—Y ¿en qué consiste el casamiento?

—Pue ze zeñala un día; mo reunimo toz los *cañís*; una vieja se entera bien zi la novia no ha tenio que vé con naide, y al convencerse, grita: «¡Olé! ¡viva lo güeno!» Eza é la zeñal pá que z'empiese la juerga. Entonse to le tiramo almendra á la novia, qu'está veztía e branco, y prenciamos á bebé, ¡venga á bebé!

—Y ¿comeréis también?...

—¡Nó! No ze prueba bocao durante tre día y zólo vino jazta que no caemo *curdela* tóz.

—Y ¿los novios también?

—No, zeñó; á lo novio no ze le deja bebé gota; azí que cuando toz jemos perdío er conosimiento ello ze van á zu chosa... La novia, durante la juerga, ze tié que dejá bezá por tóz lo que quiera er jefe.

—Eso no me parece mal—exclamó Campúa.

—Entonces, ¿no se prometen nada?

—Y ¿por qué ese odio á nosotros, *Chindilón*?

—le pregunté cariñoso.

—¡Qué quié tú! Ezo lo yevamo nozotro en la zangre. Nuestro antepazao jueron perzeguío como perro rabiozo por vozotro, lo *payo*, y nustraz arma ze formaron en el doló de esta injuria, y en nuestro corasone, yevamo siempre er fuego de la vengansa. *Mangue*, cuando encuentra á un *payo* como tú, lo ziente de verdá. Porque nuestro antepazao dejaron ezcrito que matáramo á la jembra *cañí* que ze juera con un *payo*. Y la que se *escarrila*, ¡bien vá! pero tarde ó temprano, ¡la matamo!

En silencio, nos escuchaban todos los demás gitanos. Frente á mí, una chiquilla de quince años, de facciones perfectas é ideales, de tez tostada, suavemente amarillenta y ojos rasgados y negros, me miraba con una ingenuidad deliciosa.

—¿Cómo te llamas tú?—le pregunté.

—¡Rafaela!—me contestó con voz indolente y dulce.

—Y ¿cuántos años tienes?

—¿Que cuanto *breje* terelo? Diezizei *breje*.

—¡Eza é mi *chavorrilla*!—exclamó el *Chindilón*. Y ya m'a dao un nieto.

—¡Un nieto ya!—dije yo con asombro.

—¡*Chachipén!* ¡Y tié tre año!

—Pues ¿cuántos tienes tú, *Chindilón*?—inquirí yo.

—¡Por tu zaluzita!...—protestó el padre aterrado—del carro no mo jagai retrato, porque moz pué buscá un degusto zero con lo demás *zicali*.

—¿Por qué, hombre?—le pregunté extrañado.

—¡Por vía é Dió! ¡Si lo demás gitano ven aquí un carro van á creé que nosotros trabajamo! Y jeso, por tu zalú que no! Mo costaría una ezaborición. Ahora mezmoo bailarán algo el *Gato* con la Rosío y tocará la guitarra er *Cachules* y entoncen poeiz jasé lo retrato...—Y dirigiéndose autoritario á los suyos gritó: —¡Rosío!... ¡Anguztia!... ¡*Cachule!*... ¡*Gato!*... jasé una miaja de *jolgorio* á la zaluzita de esto zeñore!...

Mientras se formaba el corro, le pregunté:

—¿Os cobran algo por vivir en este corralón?

—Zi, que tenemos que *abillelar* cá familia treinta *brujes*, ú zease duro y medio, tós lo meze; pero *mangue* y la mayoría no *apoquina* ná...

—Pues te van á echar.

—No me *bucharelan* y zi me *bucharelan* me *chalelo* al campo.

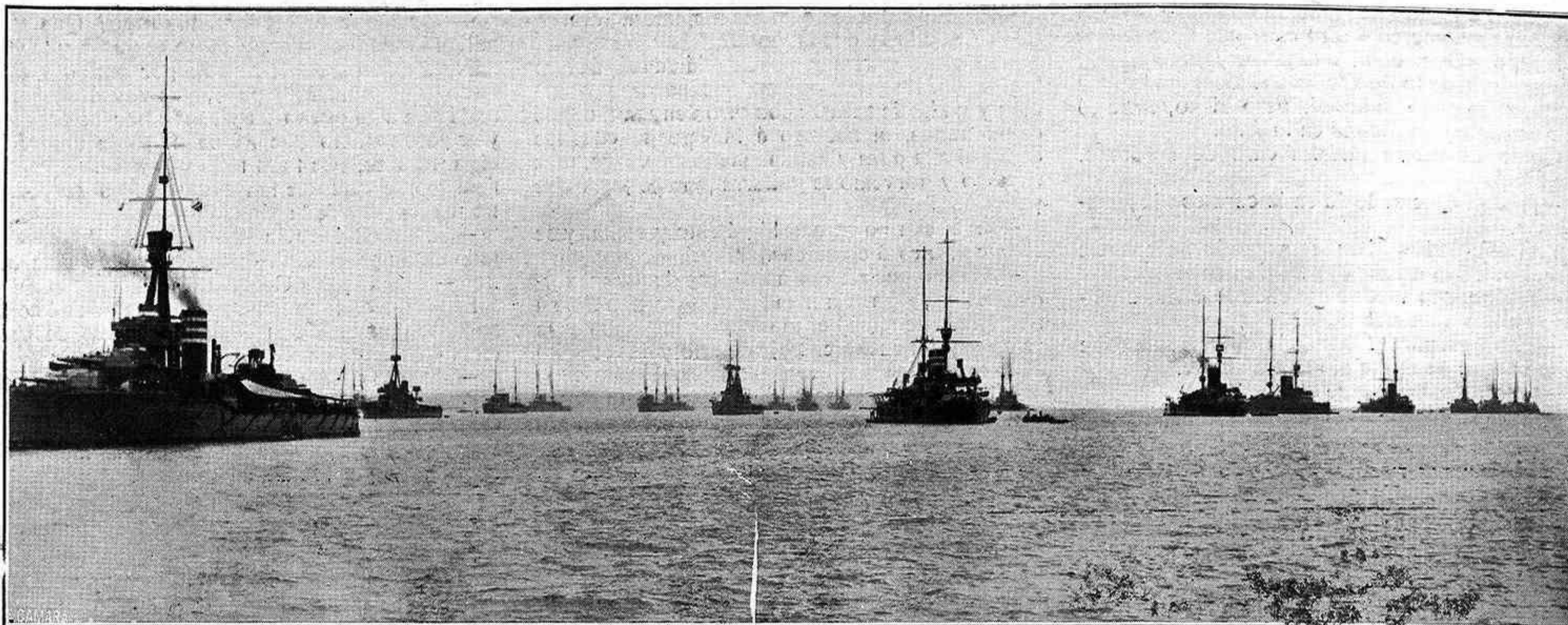
Había empezado ya el *jolgorio*. Se rasgueaba la guitarra. Saltó una voz plañidera que entonaba una copla...; una pareja de gitanos hacía contorsiones sobre un tablado.

—¡Por tu muerto, mare! ¡Dame pan!—gritaban entre tanto los mugrientos *churumbeles* con voz desesperada y sentenciosa.

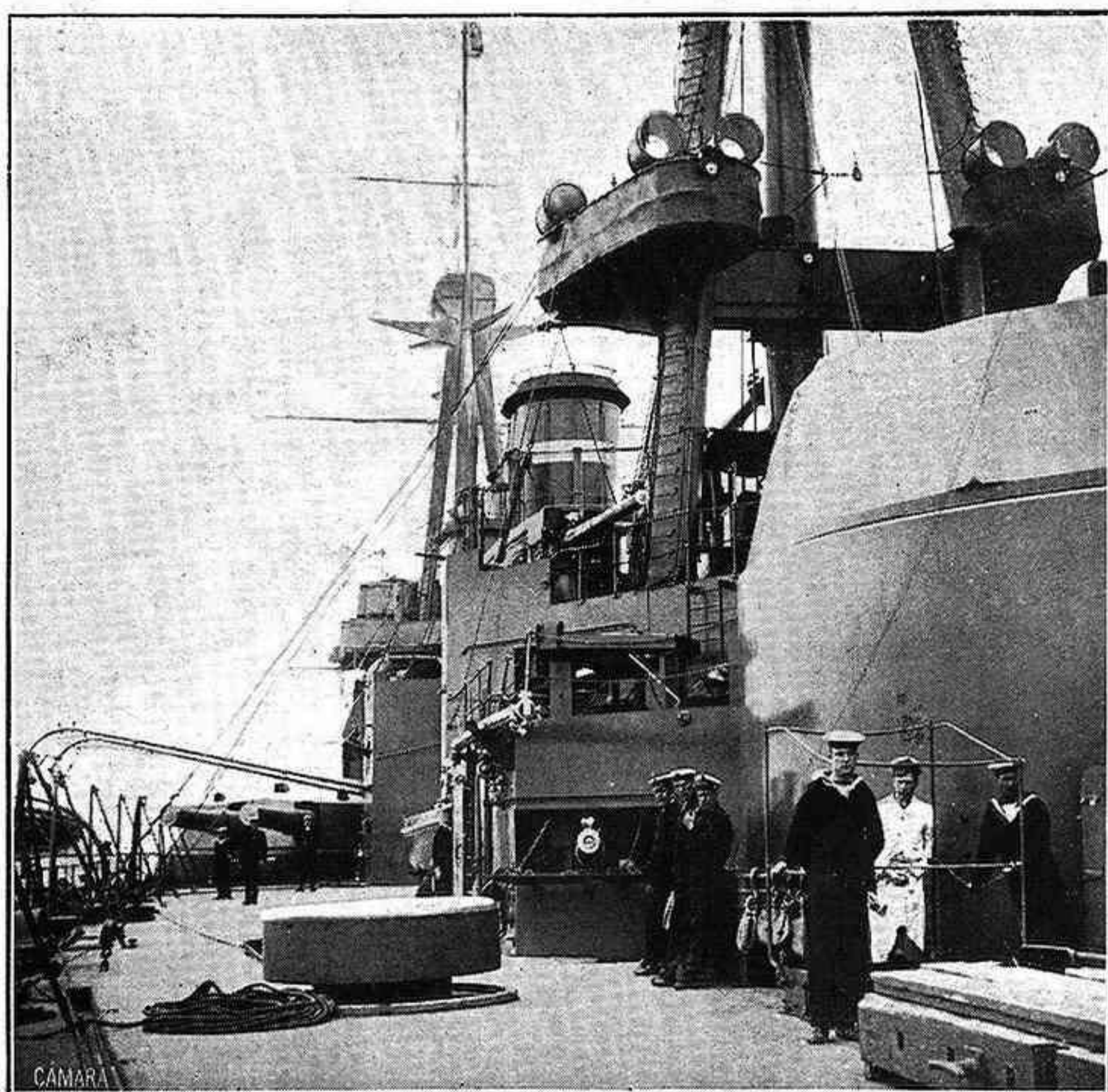
EL CABALLERO AUDAZ

ATENEOS
BIBLIOTECA
10

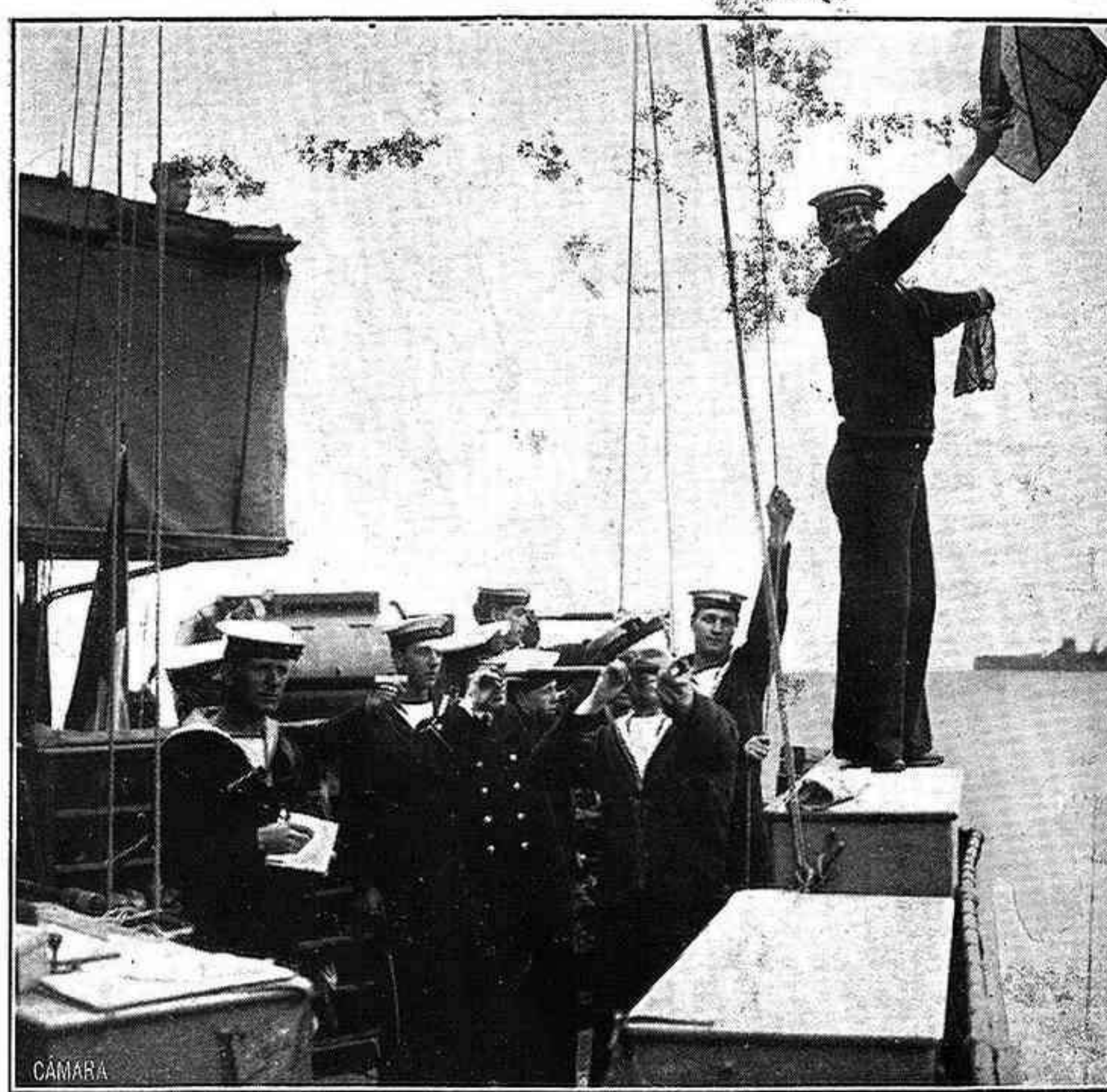
LA GRAN REVISTA NAVAL DE LA FLOTA INGLESA



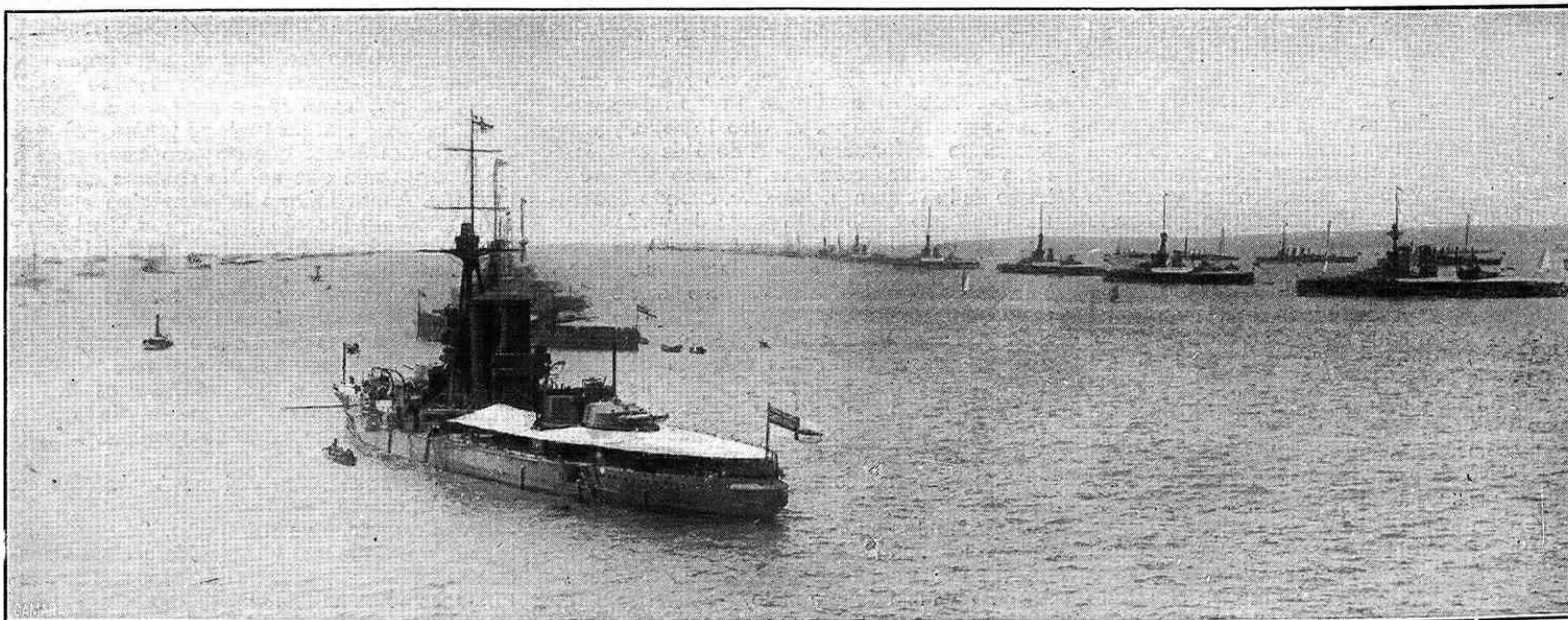
Vista general de la flota inglesa durante la gran revista naval efectuada en Spithead, en la que han tomado parte más de 200 barcos



Una sección de la cubierta del acorazado "Neptuno", último tipo de barco de guerra de la escuadra inglesa



Telégrafo de banderas desde el puente del "Neptuno" durante las grandes maniobras navales de Spithead



Un aspecto de la flota inglesa durante la gran revista naval, efectuada en Spithead en los últimos días del pasado

DE NORTE A SUR

El "studio," de un cazador

Los ingenuos y modestos cazadores de liebres, conejos y codornices que en los melancólicos amaneceres de Otoño y en las gélidas mañanas de invierno suben en la Estación del Norte á los vagones de tercera clase, se quedarán un poco estupefactos al ver esta habitación adornada con trofeos cinegéticos.

Ellos que representan con los seudos alpinistas del Guadarrama y los «boys-scouts» el aspecto tatarinesco de las mañanas dominicales para asombro de porteras, barrenderos y burras de leche, tardarán un rato en conocer á qué animales pertenecen esos trofeos. Ellos sólo conocen de los tigres las pieles ribeteadas de fieltro rojo que se pone al pie de la cama ó sobre las *chaises-longues*; á los rinocerontes les han visto en los grabados en madera de las novelas de Mayne-Reid; á los osos en el escaparate de una peletería; á los ciervos en esos inofensivos pisapapeles ó barómetros de metal que se regalan entre sí las personas cursis; los búfalos americanos les parecen toros un poco más peludos; á los monos les han visto algún domingo—que no salieron de caza—en la apollillada «casa de fieras» del Retiro.

En cuanto á los libros que hay en mesas y estanterías si los hojearan no los entenderían. Primero, porque están escritos en inglés y segundo porque hablan de las grandes cacerías del Oriente lejano y bravío.

Pero de un modo más claro, con más palpable sensación de verdad, en su perenne quietud de ahora, hablan las pieles de tigres, leones, panteras y zebras, las cabezas disecadas de rinocerontes, bisontes, girafas, osos, antílopes y búfalos; los cuerpos menudos, inmovilizados en una postura graciosa, de monos extraños. Entrar á ese cuarto será como abrir *The Jungle Book* de Rudyard Kipling.

El «Mowgli» de este libro de la selva que antes de contemplado mudo é inmóvil en torno suyo lo sintió ruidoso, amenazador, con rugidos y aullidos de las fauces abiertas, con saltos elásticos de los cuerpos palpitantes, con zarpazos de las garras desgarradoras y temblores de oro líquido de las anchas pupilas, se llama Percy C. Madeira. Es uno de los miembros más conocidos y afortunados de la alta sociedad de Filadelfia.

Todos los años hace excursiones cinegéticas á la India, á Rodesia y vuelve cargado de trofeos con los que luego será grato ilustrar una historia de peligro y de audacia...

En este momento no recuerdo más despacho español que oponer á este otro yanqui, sino el de un torero. No se si pertenecía á *Guerrita*, á *Machaquito* ó á otro individuo de esos.

Lo cierto es que tenía en la pared central una cabeza de toro disecada y debajo la mesa que completaba con la cabeza de toro el símbolo de España. Era una magnífica mesa de despacho. Nada más.

No tenía sobre el tablero, impoluto y brillante, el más pequeño estorbo: ni tintero, ni pluma, ni carpeta, ni lápices, ni un libro, ni un papel. Nada.

Después de todo ¿para qué? El cazador yanqui es un hombre culto. Al matador de toros español no le hace falta saber leer ni escribir. Le basta matar toros para hacerse millonario.



UN DESPACHO ORIGINAL

El célebre cazador yanqui Mr. Percy C. Madeira tiene en su casa de Filadelfia un despacho y salón de fumar adornado con trofeos cinegéticos de sus excursiones por África

Carlyle y Millais agredidos

Al registrar aquí mismo las últimas barbaries sufragistas, sentimos cierta íntima satisfacción. No porque desviarán sus ataques enderezándolos contra la familia real inglesa, si no porque parecían volver la espalda á los museos. Y cuando se trata de mujeres como las sufragistas, incapaces de ver y de sentir la belleza, lo más que podemos esperar de ellas es eso: que se vuelvan de espaldas á las obras de arte.

Pero ¡ay! que no habían olvidado del todo el ejemplo villano de la que intentara destrozarse la «*Venus del espejo*». Una de estas furias asexuales acaba de romper el cristal que cubre una de las obras de Millais en la National Gallery; el retrato de Carlyle.

Si nos explicamos por un odio de lógica envidia el ataque de una desterrada del amor á la *Venus de espejo*, no podemos explicarnos este ataque á un hombre viejo cuya belleza era inte-



LA BARBARIE SUFRAGISTA

El admirable retrato de Carlyle, original de Millais, contra el que atentó días pasados una sufragista inglesa

rior, é imposible, por tanto, de ser comprendida por una sufragista.

¿Qué se ha querido demostrar con esta nueva barbarie? Tal vez haya sido un castigo, porque Carlyle no supo adivinar este repugnante ejemplar de la fauna contemporánea.

Efectivamente. En el *Sartor Resartus*, Herr Teufeldrosekh no consagra un capítulo de su «*Filosofía del traje*» á la indumentaria de espantapájaros de las sufragistas. Tampoco en *Los Héroes* Carlyle puso al lado de los cinco tipos de heroísmo que marcan los avances de la historia á una sufragista. Sólo están allí Mahoma (*El Profeta*); Dante y Shakespeare (*El Poeta*); Lutero y Knox (*El Sacerdote*); Johnson, Rousseau y Burns (*El escritor*); Napoleón y Cromwell (*El*

Caudillo). No está Misfress Pankurst (*La Mari-macho*). Pero tampoco habría sido eso. Las sufragistas, como nuestros aficionados á los toros, son seres inconscientes. Acaso la furia que ha roto el cristal de este retrato no supiera que atacaba á dos glorias de Inglaterra al mismo tiempo: Al filósofo Tomás Carlyle y al pintor John E. Millais, el discípulo de Dante, Gabriel Rossetti, que al emanciparse del prerrafaelismo había de producir obras tan maravillosas como *El húsar negro de Brunswick*, *El guardia Real* y *La orden de libertad*, y este retrato del autor de *The past and the present* que no alcanzando el grado superlativo de belleza del de Whistler, conservado en el Museo de Glasgow, refleja, sin embargo, aquella pureza de espíritu, aquella serenidad humilde y noble del gran filósofo inglés.

Una escena de opereta

Así como el D'Argenton de Daudet le decía á Jack: «¡Ay, querido niño! la vida no es una novela», podría decirle, con todos respetos debidos á su alto empleo, á Jorge V de Inglaterra: «¡Ay, querido señor! la vida no es una opereta.»

Pero lo parece. Sobre todo en episodios como el siguiente:

En la reciente visita de Jorge V á Escocia, al contarse al rey al discurso de bienvenida del alcalde de Glasgow se equivocó.

Mejor dicho, se equivocó el ministro Mackinnon Wood al darle el pliego que debía leer Su Majestad.

Conforme avanzaba éste en su lectura la gente se quedaba estupefacta. Tan indudable era la equivocación que el mismo rey acabó por notarla. Estaba leyendo la contestación al saludo de otro alcalde de otra capital que visitaría después de Glasgow.

Claro es que todo se arregló. Mackinnon Wood le dió otro papelito. Su Majestad leyó lo que debía leer. La gente se emocionó como si tal cosa y la orquesta entonó las notas del *Good save the King*.

¿Verdad que parece un episodio como para musicarlo Franz Lehar y para traducirlo el señor Cadenas?

Sin embargo, «la vida no es una opereta». No debemos reírnos. Es demasiado triste que los impulsos emocionales de un rey, la identificación con las aspiraciones, dolores y alegrías de sus pueblos se escriban previamente á máquina en la secretaría particular de un ministro...

José FRANCÉS



NOTAS DEPORTIVAS EXTRANJERAS



El famoso yate inglés "Shamrock III" en las regatas de Cowes, en donde ha conquistado uno de los primeros premios



Interesantes regatas de Worcester, en las que tomaron parte los jóvenes ciegos del colegio de dicha ciudad inglesa



Un equipo de "yachtmen" ciegos en las regatas de Worcester, acomodándose en su barca